

# La tumba de barro

---

Historia resumida de la  
Primera Guerra Mundial

Alberto Gallego-Casilda Colino



Hace un siglo, un joven serbio asesinó en Sarajevo al heredero de la corona austro-húngara. El crimen dio al gobierno austriaco la excusa que buscaba para entrar en guerra con Serbia. Una reacción en cadena provocó que en pocas semanas los principales estados europeos se declararan la guerra entre sí. Verdún, el Marne, el Somme, los lagos Masurianos o Gallipoli fueron escenarios donde millones de hombres fueron sacrificados, a veces por unos pocos metros de territorio. Esta obra expone una descripción resumida de los principales acontecimientos de un conflicto que dejó más de 20 millones de muertos en los campos de Europa y que transformó el continente en una inmensa tumba de barro.



Alberto Gallego-Casilda Colino

# **La tumba de barro**

**Historia resumida de la Primera Guerra Mundial**

ePub r1.1

Arnaut 22.09.14

Alberto Gallego-Casilda Colino, 2013

Diseño de portada: Redna G.

Editor digital: Arnaut

ePub base r1.0





«La vida ha embotado nuestra sensibilidad  
para que no desfallezcamos ante el horror».

ERICH MARIA REMARQUE,  
*Sin novedad en el frente*

# Uno de julio de 1916

A las siete y media de la mañana del 1 de julio de 1916 los jóvenes británicos del Cuarto Ejército se escondían en sus trincheras en la rivera del río Somme, esperaban la orden para lanzarse sobre las líneas alemanas. La mayoría de ellos carecía de experiencia previa en combate, temían que el fuego de las ametralladoras les impidiera progresar por la tierra de nadie antes de alcanzar la línea de parapetos situada frente a ellos. Durante una semana la artillería había machacado las posiciones enemigas y convirtió todo el paisaje del frente en una extensión de barro, cráteres y cuerpos destrozados. La señal de avance llegó. Los oficiales británicos hicieron sonar los silbatos y los soldados salieron de las defensas mientras gritaban y embestían contra los alemanes. Había comenzado la batalla del Somme.

Las previsiones del Alto Mando habían sido erróneas: pese al castigo artillero muchas ametralladoras alemanas permanecían intactas, protegidas en zonas blindadas y en cotas elevadas, listas para detener el asalto de la infantería. En el instante en que los británicos se agruparon para intentar traspasar las brechas abiertas por la artillería cayeron aniquilados por el fuego enemigo. La primera acometida fue exterminada. Cuando los mandos ordenaron un segundo avance necesitaron obligar a sus hombres con el objeto de que abandonaran la protección de la trinchera, aterrados ante el panorama de una muerte segura. La segunda oleada fue barrida como la anterior. Tras el intento de asalto los pocos que regresaron estaban heridos; así les sucedió a los jóvenes del Batallón de Terranova: de los 810 hombres que salieron de la trinchera aquella mañana 310 murieron y 350 resultaron heridos.

La guerra había empezado dos años atrás. Quizá no existan fechas en la historia tan atroces, una de las más simbólicas de lo que fue la primera guerra mundial: el día que se inició la ofensiva británica en el río Somme. Fue la batalla más sangrienta de todo el enfrentamiento, sólo superada por Stalingrado en el siguiente conflicto. En las trincheras del Somme cayeron más de un millón de hombres. Sólo el primer día, el 1 de julio de 1916, los británicos sufrieron 20.000 muertos y 40.000 heridos. Veinte mil jóvenes ingleses perecieron en un solo día frente a las ametralladoras alemanas. Los norteamericanos perdieron a 60.000 hombres en Vietnam durante casi 10 años y aquello produjo una conmoción en su sociedad de la que aún no se han recuperado, esto nos muestra la envergadura de la tragedia. Así fue lo que sus contemporáneos denominaron *la Gran Guerra*, el acontecimiento que marca el inicio de un siglo dominado por la locura y la masacre. El balance final superó los veinte millones de muertos.

Cuando se firmaron los diferentes armisticios y la masacre terminó se produjo una transformación de tal magnitud que aún hoy vivimos algunas de las consecuencias. Si observamos un mapa o leemos noticias en la prensa veremos los nombres de algunos estados que no existían antes de 1914. Letonia o Finlandia se crearon como resultado del armisticio entre Rusos y Alemanes; la mayoría de los países árabes actuales nacieron a partir del reparto del Imperio otomano como un simple botín, casi siempre sin tener en cuenta las divisiones tribales árabes. Los

tratados de paz diseñaron divisiones artificiales que llevaban el conflicto en su propia definición, ya que no se tuvo en consideración a la población que habitaba en ellos. Afirmar que el conflicto entre palestinos e israelíes es efecto de la primera guerra mundial es una simplificación excesiva, pero es difícil negar que los británicos favorecieron su génesis al prometer a ambas comunidades una patria en Palestina. Los nacionalistas serbios, que en los años noventa del siglo XX masacraron a las poblaciones civiles bosnias, kosovares y croatas; recurrieron a las matanzas que sufrieron ellos en la Gran Guerra para presentar sus actos como una venganza, un ajuste de cuentas con casi cien años de retraso.

En el siglo XIX las guerras no habían sido tan cruentas como la que se avecinaba. Su duración fue menor y los que sufrían sus efectos eran, sobre todo, los combatientes. Se favoreció una visión de la guerra que era con frecuencia aceptada por la sociedad, incluso defendida. Pero todo cambió. El esfuerzo económico fue tan enorme que era inevitable una hambruna que exterminara a millones de personas. La mayoría de los varones en edad de trabajar fueron enviados al frente, donde muchos murieron o quedaron lisiados. En las potencias centrales a la ausencia de mano de obra para la agricultura se añadió un bloqueo marítimo que dejó a la población civil desabastecida. Los rusos, ante el avance alemán, imitaron la táctica empleada contra Napoleón: tierra quemada; la población civil se vio obligada seguir al ejército en su retirada hacia el interior, millones de ellos no lo lograron y perecieron en la estepa de hambre, frío y agotamiento. El nacionalismo se convirtió en una idea asesina, en una excusa para la masacre. Los movimientos que habían nacido con la idea de unir a los pueblos o para defenderse de la opresión de estados totalitarios quedaron manchados de sangre, una mancha de la que aún no se han librado.

Es posible que la principal diferencia entre la primera guerra mundial y las anteriores sea el aterrador número de bajas. Los generales habían sido instruidos en una forma de combatir que demostró ser anticuada, criminal e ineficaz. Los viejos esquemas militares: cargas veloces de la caballería para penetrar las líneas seguidas del asalto frontal de la infantería, no sirvieron de nada ante el empleo masivo de las nuevas armas producto de la mejora técnica y la industrialización. El arrojo se demostró inútil ante las ametralladoras, las alambradas, los lanzallamas o el gas. La forma de hacer la guerra del siglo anterior se convirtió en un medio eficaz para exterminar a los combatientes. La mayoría de los soldados que lucharon en el frente fueron heridos o murieron. En las trincheras del Somme o Verdún los hombres conocían cuál iba a ser su futuro casi con total seguridad.

Por primera vez la totalidad de una sociedad se dedicó a la guerra. La economía sólo producía para el frente, todo el esfuerzo se enviaba al barro, el capital humano y social fue enterrado en las trincheras. La consecuencia fue que los estados quedaron exhaustos. Muy pronto se comprendió que vencería aquél que fuera capaz de resistir más. Ya no sería como en el pasado; cuando las guerras eran ganadas por los que tenían los ejércitos más preparados, los mejores generales o las mejores tácticas. La guerra sería de desgaste y perdería aquella sociedad que antes entrara en colapso, conseguiría la victoria quien pudiera inmolar a un mayor número de sus jóvenes.

Este conflicto fue el peor en cuanto a las condiciones que padecieron los combatientes. Los soldados vivían con la certeza de la muerte, machacados a diario por una artillería eficaz,

gaseados, hambrientos y asustados. Se enviaba a la muerte a decenas de miles de hombres sólo para conquistar unos metros de trincheras. La infantería comenzó cargando a pecho descubierto contra campos de alambradas y ametralladoras. Pronto tuvieron que aprender a tirarse al suelo, a escarbar un agujero en el barro que iba a convertirse en su hogar. Lodo, humedad, ratas y el hedor de sus compañeros caídos en la tierra de nadie iban a convertirse en su paisaje cotidiano. Una generación entera de jóvenes fue sacrificada. Tras las ofensivas iniciales de la batalla del Somme un general alemán, al contemplar el espectáculo de fango, cuerpos destrozados y destrucción, comentó que aquello había sido la tumba de barro del ejército en campaña. Esa frase define lo que fue la primera guerra mundial: una inmensa tumba de barro.

# **Primera parte**

## **El Plan Schlieffen**

# Gavrilo Princip

Existen coincidencias en la historia que están asociadas a grandes tragedias, escenarios en los que aparece lo peor del ser humano, lugares que son recordados por hechos que no deberían haber sucedido. Sarajevo es uno de esos lugares, la ciudad que fue el centro de la última guerra europea en la que se luchó por la dominación de Bosnia y Herzegovina. Fundada por los turcos en el siglo xv como una posición defensiva; está situada en una llanura rodeada por montañas de más de dos mil metros de altura, los Alpes Dináricos. La ciudad y las cimas que la rodean forman un paisaje espléndido que ha atraído a viajeros durante mucho tiempo y ha contribuido a formar un crisol de culturas. Fue conocida como la Jerusalén de Europa debido a su diversidad religiosa. Ése es el lugar en el que hace un siglo un joven serbio de 19 años desencadenó la hecatombe de las trincheras. El 28 de junio de 1914 Gavrilo Princip asesinó en Sarajevo al Archiduque de Austria Francisco Fernando, heredero al trono de Austria-Hungría y hermano del emperador Francisco José I. Gavrilo Princip era un joven terrorista serbio que formaba parte del grupo *Joven Bosnia*, integrado dentro de la organización nacionalista serbia *la Mano Negra*. Luchaban por la unión de Bosnia y Herzegovina a Serbia, la misma motivación que tuvieron los serbios cien años después en otra guerra europea. Pueden cambiar las armas, pero no los argumentos.

Es frecuente leer que Gavrilo Princip fue el culpable de la primera guerra mundial, se trata de una visión simplificadora que trata de obviar otras responsabilidades. Al designar un motivo único se presenta lo sucedido como inevitable y, por lo tanto, se evita reconocer las propias culpas. El joven serbio no fue el responsable de 22 millones de muertes. Era un asesino, un fanático nacionalista, o un héroe de la patria; como siempre depende del punto de vista. Pero al matar al archiduque y a su esposa Sofía dio a Austria-Hungría la excusa que buscaba para entrar en guerra con Serbia. El atentado de Sarajevo fue el desencadenante, no la causa. A partir de ahí todo fue imparable, cada estado tuvo la razón que necesitaba para entrar en el conflicto. En unos pocos meses todo el continente europeo estaba encharcado de sangre.

Hasta 1914 las guerras formaban parte habitual de la política, constituían otro medio de relación entre estados soberanos, una opción más para solucionar conflictos de todo tipo. Se recurría a las armas con frecuencia, cuando otras opciones eran menos eficaces. El último enfrentamiento continental había ocurrido en la época napoleónica, un siglo antes. Los conflictos posteriores fueron de menor escala y la población civil no se vio implicada a no ser la que viviera en la zona de los combates. Los soldados tenían bastantes posibilidades de regresar vivos a casa. La percepción de la guerra era diferente de la que se tendría en 1919, tras el horror de las trincheras. Los enfrentamientos entre estados no eran rechazados de forma abierta por la población civil, más bien lo contrario. El nacionalismo y el militarismo se encargaban de construir historias de justificación y glorificación que daban aspecto ético y viril a la utilización de las armas. La mitología bélica desaparecería tras las primeras batallas, cuando empezaron a llegar las enormes listas de bajas y las noticias sobre los horrores del frente. Había poco de

heroico en ser acribillado por una ametralladora o machacado por la artillería cuando se está escondido en un agujero lleno de barro. El entusiasmo de la población empezó a desaparecer en el momento en el que sus hijos murieron a millares, cuando el sacrificio mostró que los ideales patrióticos eran una excusa para exterminar a la juventud. Pronto se vio que ésta iba a ser una guerra distinta y que el precio que se iba a pagar era demasiado alto.

Los soldados que murieron en los campos de batalla entre 1914 y 1919 fueron alrededor del doce por ciento del total de tropas movilizadas. El número de bajas, que incluye los heridos, superó el cincuenta por ciento. Como en el frente sólo se situaba un tercio de la tropa, ya que el resto era necesario en labores de apoyo, se puede comprobar que casi todos los soldados que estuvieron en las trincheras fueron bajas: heridos, mutilados, desaparecidos o muertos. Las dos principales armas de este conflicto, las que más estragos causaron, fueron la ametralladora y la artillería. Aunque ambas existían con anterioridad; la diferencia fue su empleo masivo, favorecido por la revolución industrial, el perfeccionamiento técnico y por una carrera armamentística que creó ejércitos numerosos y con una enorme cantidad de armas, lo que les hacía más letales.

Pero la hecatombe no comenzó por un asesinato, la razón fue la existencia previa de una enorme rivalidad entre los estados. El antagonismo entre las potencias europeas, su competencia mutua, es lo que condujo a la lucha. Había viejas cuentas que saldar. Los gobiernos estaban preparados para la guerra y muchos la deseaban o la consideraban inevitable. Los principales motivos por los que estalló la primera guerra mundial fueron cuatro: el nacimiento del nuevo estado alemán y su deseo de buscar un sitio en el orden mundial, el imperialismo, el problema eslavo en los Balcanes y un sistema de alianzas entre naciones que favoreció una entrada en guerra en cadena.

Alemania, un país joven y militarizado, nació en el siglo XIX en torno a Prusia. El mito del soldado prusiano se construyó a partir de una visión belicista de la sociedad y de una concepción mesiánica del destino del pueblo alemán. Prusia habían vencido en todos sus enfrentamientos en el siglo XIX, y esto hizo que se construyera en toda la sociedad una imagen de imbatibilidad que demostró ser nefasta; al mando del Canciller de Hierro, Otto von Bismarck, se había enfrentado a Austria-Hungría, Dinamarca y Francia. Venció en todas las ocasiones, aumentó su territorio y obtuvo unos enormes beneficios económicos. Cuando Alemania era ya un estado unificado se produjo la guerra con Francia (1870-1871). Comenzó por el miedo que tenían los franceses a una Alemania unida con Prusia como centro. La guerra franco-alemana se recuerda como un paseo militar que acabó con un desfile de los soldados prusianos en París. La victoria fue rotunda y como consecuencia Alsacia y Lorena pasaron a tener soberanía prusiana, Francia se vio obligada a pagar indemnizaciones como nación derrotada. Los celos y la rivalidad aumentarían de forma continua hasta que llegó el estallido.

Durante el siglo XIX los sistemas económicos dominantes se basaban en el imperialismo: un modelo constituido por una metrópoli y un conjunto de territorios en ultramar que eran productores de materias primas y grandes mercados. La competencia por dominar territorios hizo inevitables los conflictos de intereses. El sistema colonial se justificaba mediante una posición de dominio y una visión racista de la relación entre pueblos. Había pueblos primitivos que

necesitaban ser civilizados, casi siempre africanos o asiáticos, y sólo los estados fuertes estaban capacitados para liderar la extensión de la civilización en el mundo. Por supuesto las naciones destinadas a tal fin estaban habitadas por blancos y se beneficiaban del reparto territorial. Para ejercer un liderazgo basado en la fuerza se necesitaba disponer de un ejército poderoso, pero sobre todo un imperio colonial debía contar con una armada eficaz. La marina es el elemento indispensable para cualquier sistema de dominio, ya que permite garantizar el tráfico comercial, la protección y la defensa de los territorios. La burguesía de la metrópoli se beneficiaba del sistema imperialista, obtenía rentabilidad de la prosperidad económica y apenas soportaba los costes en vidas que suponía un estado militarizado de forma constante. Las dos grandes potencias imperialistas durante el siglo XIX fueron Gran Bretaña y Francia. Con la aparición de Alemania como estado la competencia por el dominio del mundo iba a incrementarse. Guillermo II exigió para Alemania *un lugar en el Sol*, una posición adecuada a la grandeza germana; su tremendo potencial económico entró en competencia clara con Francia e Inglaterra, sobre todo con esta última y el gigantesco tamaño de sus posesiones. Al ser una nación nueva, con un historial de éxitos militares y una sensación de imbatibilidad, la sociedad germana defendía una actitud de fuerza ante sus competidores económicos, la población aceptaba el militarismo como elemento de poder. En el reparto colonial Inglaterra y Francia superaban a Alemania. Los británicos tenían un imperio enorme, mantenido con una armada superior a cualquier otra, de esta forma quedaba garantizada la línea de abastecimientos. El dominio británico sobre el mar era absoluto. Francia, aunque con un imperio de menor tamaño, tenía la ventaja de su continuidad territorial en África, que iba desde Marruecos hasta Gabón. Las posesiones alemanas se limitaban a cuatro colonias africanas, las actuales Tanzania, Namibia, Camerún y Togo; más algunas islas en el Pacífico. Ante áreas tan aisladas era imprescindible la marina para su abastecimiento y defensa. Para poder competir con los británicos necesitaban la creación de una armada fuerte que pudiera utilizarse como elemento de disuasión y presión en el reparto colonial y, llegado el caso, tener posibilidades en un enfrentamiento naval. Pero sobre todo Alemania deseaba contar con un imperio colonial acorde a su importancia.

El principal foco de inestabilidad en el continente europeo en 1914 era el problema eslavo y los Balcanes. La península balcánica había sido en el pasado la zona de fricción de dos grandes potencias ahora en decadencia: el Imperio austrohúngaro y el Imperio otomano. Toda la zona sufría cambios continuos de fronteras fruto de las disputas entre ambos. Los Balcanes estaban habitados por un conjunto de pueblos con lenguas, religiones y culturas diferentes. Los eslavos constituían el grupo más significativo, que emigraron desde los Cárpatos tras la caída del Imperio romano. Su punto común es una lengua de origen indoeuropeo, raíz de las lenguas eslavas. A este grupo pertenecen los serbios, croatas, eslovenos, checos, polacos y también los rusos. Los ideales nacionalistas que se extendieron a partir de la Revolución francesa calaron hondo en esas poblaciones cuyos territorios estaban bajo la soberanía de Austria-Hungría, Turquía y Rusia. La decadencia del Imperio turco hizo que tanto austriacos como rusos pensarán en repartirse el botín, pero también favoreció los deseos independentistas de los habitantes de esas áreas. Rusia escondía sus ansias imperiales dentro de la idea del paneslavismo, pretendía convertirse en líder de los

eslavos que habitaban en los Balcanes. En 1877, aprovechando la debilidad de Estambul, Rusia llegó a un Acuerdo con Austria para la liberación de los pueblos cristianos bajo dominio turco y declaró la guerra al Imperio otomano, se convirtió así en el paladín del paneslavismo. La Sublime Puerta fue derrotada, y tras la Paz de San Stefano se convocó en 1878 el Congreso de Berlín en la cual se estableció la independencia de Serbia, Rumania y Montenegro. Bulgaria no consiguió liberarse y se constituyó como estado autónomo tributario de Turquía. Austria obtuvo el derecho a administrar Bosnia y Herzegovina. Rusia no se benefició del reparto de influencias y no quedó satisfecha por lo que se acentuó el antagonismo con Austria por la cuestión balcánica.

Serbia ocupó un papel central dentro del problema balcánico, su enfrentamiento con los Habsburgo era sólo cuestión de tiempo. El Imperio austrohúngaro estaba asentado en dos pilares: el germánico (Austria) y el magiar (Hungría). Pero dentro de su territorio también había importantes comunidades eslavas, como los croatas y los eslovenos, que ansiaban un cierto grado de autonomía y mayor libertad. No es de extrañar que Austria-Hungría viera con recelo la formación de un estado como Serbia, que además pretendía liderar la unión de los pueblos eslavos del sur. Los croatas se solidarizaron con los serbios frente a la política agresiva del imperio y aspiraban a un estado a tres (magiar-alemán-eslavo), dentro del imperio. Las aspiraciones de autonomía eslavas, que no de independencia, fueron negadas mediante una política de dureza y represión.

El antiguo y decadente Imperio otomano se descomponía, debido a ello aparecieron algunos movimientos internos de renovación. En esa línea, en 1908, se produjo el alzamiento de los jóvenes turcos, cuyo objetivo era que el antiguo imperio se transformara en un estado similar a otros europeos, anhelaban una estructura constitucional. El alzamiento turco fue aprovechado por los búlgaros para intentar deshacerse de forma total de la dominación otomana. Fernando I se declaró Zar del Reino de Bulgaria y proclamó de forma unilateral su independencia. Austria-Hungría consideraba los Balcanes territorio propio y temía una cadena de proclamaciones de independencia, para evitarlo se anexionó de forma unilateral Bosnia y Herzegovina. Bosnia estaba habitada por un gran número de serbios y la anexión fue recibida como una agresión por éstos, que veían ese territorio como la prolongación natural de su estado, y, sobre todo, lo apreciaron como un freno para su idea de una patria para todos los pueblos eslavos del sur. Al ver como los austrohúngaros se aprovechaban de la decadencia otomana para aumentar su territorio a costa de los pueblos eslavos, Rusia se sintió engallada y se alineó a Serbia de forma definitiva.

El poder otomano en los Balcanes desaparecía poco a poco. Serbia y Bulgaria, apoyadas por Rusia, se aliaron en la que se denominó *Liga Balcánica*, creada para establecer un contrapeso frente a Austria en el caso de un reparto de los territorios turcos europeos. Grecia y Montenegro también se unieron a la liga, que declaró la guerra a Turquía en la que fue conocida como la primera guerra balcánica (1912-1913). Los otomanos fueron derrotados y comenzó el reparto de las zonas conquistadas. Austria-Hungría estaba en contra de cualquier expansión territorial en un área que consideraba propia, pero tanto Serbia como Bulgaria consiguieron beneficiarse, aunque Bulgaria no se quedó satisfecha frente al botín obtenido por sus aliados. La paz duró poco y en 1913 se produjo la segunda guerra balcánica en la que Bulgaria, apoyada por los austriacos, atacó

a Serbia. Rumania, Grecia, Turquía y Montenegro intervinieron del lado Serbio. Alemania e Italia, ante el temor de una generalización del conflicto, impidieron que Austria-Hungría entrara en la guerra y los búlgaros se quedaron solos, como consecuencia fueron derrotados. Se firmó la paz en Bucarest por la que Bulgaria perdió Macedonia y Serbia tuvo que renunciar a su pretendido acceso al Adriático, su objetivo principal.

Todas estas tensiones quedaban reflejadas en un complejo sistema de alianzas, base del orden europeo desde la época napoleónica. Bismarck, tras consolidar el segundo Reich, estableció una serie de pactos defensivos contra la política revanchista de Francia y como contención ante la amenaza revolucionaria. Fruto de esta política fue la liga de los tres emperadores: Alemania, Austria-Hungría y Rusia. Rusia, ofendida por los resultados del Congreso de Berlín favorables a Austria-Hungría, abandonó el acuerdo. Italia se incorporó y se formó la *Triple Alianza*.

Inglaterra y Francia se habían asociado en la *Entente Cordial*, un tratado de no agresión. A este pacto se uniría Rusia, debido a las buenas relaciones económicas con Francia. Se creó así la *Triple Entente*. Rusia, como defensora del panslavismo, era la principal aliada de Serbia.

Así de tensa y complicada era la situación en Europa cuando el 28 de junio de 1914 Gavrilo Princip asesinó en Sarajevo al Archiduque de Austria Francisco Fernando. Había una excusa, por lo tanto habría guerra.

# El estallido

El asesinato del Archiduque pudo evitarse, antes de su visita fue aconsejado para que no viajara a Sarajevo por motivos de seguridad, debido a las amenazas de los nacionalistas serbios que consideraban la visita como una provocación. Una vez allí un conjunto de circunstancias desfavorables y casualidades acabaron en tragedia. Francisco Fernando se obstinó en mantener el programa establecido a pesar de que se produjo un primer atentado fallido, en el que cuatro terroristas lanzaron una bomba contra el automóvil del Archiduque. Pero el heredero de la corona austriaca resultó ileso. Después de ese primer atentado el aristócrata se empeñó en continuar, fruto de la casualidad acabó deteniéndose muy cerca de uno de los terroristas que había participado en la primera acción y había conseguido huir tras el fracaso de la misma. Gavrilo Princip acabó la tarea, disparó con su pistola a la pareja de aristócratas y el Archiduque y su esposa murieron en las calles de Sarajevo. Se había encendido la mecha que hizo estallar a todo el continente.

El atentado de Sarajevo fue el empujón que necesitaron las potencias europeas para iniciar un conflicto que era esperado por todos y deseado por algunos. Podía haberse reducido a un enfrentamiento más entre Austria-Hungría y Serbia, la tercera guerra balcánica. Pero el sistema de alianzas y las tensiones previas favorecieron una reacción en cadena que, en poco tiempo, se transformó en guerra generalizada. Tras el atentado había preocupación en los gobiernos europeos por la posición que podía tomar Rusia ante un inicio de hostilidades por parte de Austria. Una preocupación motivada por la relación que tenían los grupos terroristas paneslavos con los servicios secretos rusos y serbios. El Káiser no creía que Rusia entrara en guerra con Austria-Hungría por defender a Serbia, se equivocó.

Casi un mes después del atentado el gobierno Austro-Húngaro expuso un ultimátum a Serbia para que en 48 horas se plegara a sus exigencias. Sobre la posible implicación Serbia en el magnicidio no hay acuerdo, lo más probable es que el gobierno serbio no estuviera detrás, aunque parte de los servicios secretos pudieron tener relaciones con el grupo nacionalista que dirigió el asesinato. El ultimátum pretendía la humillación de Serbia. Parece claro que los Habsburgo buscaban la guerra al establecer unas condiciones que no podían ser aceptadas por el pequeño estado eslavo. Austria exigía, entre otras cosas, que Serbia permitiese a la policía y la justicia austro-húngara actuar en su territorio. Si Serbia no aceptaba las tropas imperiales invadirían el estado balcánico. Rusia reaccionó ante el ultimátum e informó que no aceptaría la intromisión austriaca en los asuntos serbios. El Emperador de Austria, Francisco José, confiaba en el apoyo explícito de Alemania. Durante unos días las diplomacias se movieron, intentaban impedir el conflicto. Rusia convenció a Serbia para que aceptara todas las cláusulas del ultimátum excepto una: la intervención de la policía y justicia austriaca en su territorio; a cambio propuso un arbitraje internacional con la intervención del Tribunal de la Haya.

Austria-Hungría, tras recibir la contestación de Serbia, retiró a su embajador en Belgrado y se preparó para la guerra. Ante los movimientos austriacos el rey Pedro de Serbia ordenó la

movilización de su ejército. El 28 de julio Austria-Hungría declaró la guerra a Serbia. Alemania actuó rápido, el Káiser Guillermo I avisó a su primo el Zar Nicolás II de las consecuencias de una intervención Rusa en el conflicto, también recomendó a Austria la movilización total y dio un aviso rotundo a Francia para que se mantuviera al margen. Como garantía el Káiser pedía a Francia el control de dos de sus fortalezas: Toul y Verdún. Francia y Rusia no contestaron a las advertencias alemanas que consideraban extralimitadas. El uno de agosto Alemania declaró la guerra a Rusia y el tres de agosto hizo lo mismo con Francia. Bélgica, que se había declarado neutral, se oponía a que las tropas alemanas atravesaran su territorio. Alemania ignoró este hecho y el tres de agosto invadió Bélgica. Inglaterra, que se había mantenido al margen, se indignó ante la invasión de un estado pequeño y neutral como Bélgica y declaró la guerra a Alemania. El enfrentamiento estaba en marcha, había comenzado la primera guerra mundial.

Tras la declaración de guerra los jóvenes de los distintos estados acudieron en masa a alistarse. ¿Por qué lo hicieron? Exceptuando el mundo anglosajón, donde el ejército se nutría de tropas voluntarias, en la mayoría de los países la milicia era obligatoria para los varones; no obstante en los momentos iniciales los hombres, mas bien los muchachos, se alistaron antes de ser llamados a filas. Las motivaciones eran diversas: la presión de la sociedad, el militarismo, el patriotismo y una visión de la guerra como una experiencia romántica, una ocasión única para no perderse un acontecimiento histórico, la aventura de sus vidas. Otros veían en la guerra la posibilidad de abandonar unas vidas que no les gustaban, se presentaba como una oportunidad de salir de sus pueblos y ver mundo. Todo les empujaba a alistarse, se estigmatizaba a los que no lo hacían. Las familias animaban a sus hijos: si se alistaban era motivo de orgullo, en caso contrario suponía la vergüenza. Todos se fueron cantando, los que regresaron o estaban mutilados o marcados de por vida por la tragedia que vivieron. Los estados que habían declarado la guerra, en algunos casos por motivos absurdos, disponían de una enorme cantidad de carne de cañón, la utilizarían toda.

# Los planes de guerra

El sistema de alianzas que había organizado las relaciones internacionales durante el siglo XIX se había demostrado ineficaz, aún peor, fue el culpable de que un conflicto regional se transformase en una guerra europea y más tarde en una mundial. El hecho incuestionable es que un suceso aislado, que sólo afectaba a Serbia y Austria-Hungría, desencadenó un enfrentamiento total. Por muy grave que fuera el magnicidio del Archiduque Francisco Fernando no justificaba las consecuencias posteriores.

En los momentos iniciales los dos bandos contaban con un cierto equilibrio en cuanto a la correlación de fuerzas, sus ejércitos estaban proporcionados. La Entente (Francia, Gran Bretaña y Rusia) tenía como ventaja la enorme cantidad de población, sólo en Rusia vivían 140 millones de personas, que sumada a la población de británicos y galos doblaba el número de habitantes de los Imperios Centrales. El tamaño de la población podía suponer un enorme aporte de combatientes en el supuesto de un conflicto largo. Otra ventaja de la Entente era su imperio colonial. El conjunto de las posesiones británicas y francesas era abrumador: Canadá, Australia, La India, la mayor parte de África, Indochina... Para defender ese vasto territorio disponían de la mejor armada de la época. La Royal Navy era imbatible y garantizaba el aporte continuo de suministros y combatientes. Los Imperios Centrales no podían competir ni en territorio ni en población, pero disponían de dos ventajas: por un lado la continuidad de sus territorios y por otro la eficacia militar germana. La unidad territorial les ofrecía una mayor capacidad de maniobra, podían trasladar tropas y suministros sin necesidad de una marina tan potente como la británica, todo ello favorecido por la magnífica red ferroviaria alemana.

Los estados mayores no estaban preparados para el tipo de guerra en la que estaban inmersos; su formación militar se había construido con el estudio de las guerras napoleónicas, el último enfrentamiento europeo a gran escala. Deberían haber analizado la guerra de Secesión norteamericana, ya que en ésta se produjeron cambios en la forma de combatir que luego se presentaron de forma amplificadas en las trincheras de Europa. El armamento de la Gran Guerra era fruto de los avances del siglo XIX, en concreto de la revolución industrial. La fabricación masiva y tecnificada incrementó la capacidad de producción armamentística. Por otra parte, a partir de la guerra franco-prusiana de 1870, se generalizó el servicio militar obligatorio; punto éste que, unido a la producción masiva de armas, iba a proporcionar a los ejércitos una enorme capacidad de fuego. Durante muchos siglos la infantería había utilizado fusiles poco eficaces, con lenta cadencia de disparo y precisión reducida. Para que el tiro de infantería fuera útil había que concentrarlo. Los infantes actuaban en líneas agrupadas y cuando dos ejércitos se enfrentaban en campo abierto lo hacían de forma frontal, la disciplina y el entrenamiento de los soldados era vital. Un ejército que fuera capaz de aguantar firme en su posición ante la descarga de fuego enemigo tenía muchas posibilidades de vencer, si por el contrario el pánico desorganizaba la línea podían ser sobrepasados por el adversario. Una vez rota la línea de defensa llegaba la dispersión y

la derrota. El objetivo debía ser atravesar a toda costa la posición contraria, para evitarlo hacía falta un elevado número de combatientes, por lo que se podía vencer en una batalla pero no mantener por demasiado tiempo una posición en campo abierto si no se contaba con la cantidad suficiente de tropas. Esta situación cambió con la llegada de las armas semiautomáticas, el aumento en la precisión del tiro, las ametralladoras y la mejora de la artillería. El tiro comenzó a ser preciso y masivo. Una línea de infantería compacta que avanzara en línea de forma frontal era el mejor blanco posible para las ametralladoras y las nuevas carabinas. En la guerra civil norteamericana las bajas en este tipo de ataques fueron tremendas. A pesar de todo, el objetivo de los generales era el mismo: la ruptura frontal de la línea defensiva del enemigo. La forma de conseguirlo era utilizar la artillería de forma intensiva para castigar la línea y después realizar un ataque rápido con la caballería para crear una brecha por la que pudiera entrar la infantería. Este esquema dejó de ser válido; los estados mayores tardaron mucho, demasiado, en darse cuenta. Pensaban que las mejoras técnicas del armamento harían más eficaces a los ejércitos en su avance, pero lo que sucedió fue que se mejoró de forma rotunda la línea defensiva. Ante un ejército atrincherado, con posiciones protegidas por alambres de espino y con un número alto de ametralladoras, los ataques de la caballería eran inútiles; solo se conseguía el sacrificio del ganado y de sus jinetes. Si la infantería quería avanzar tenía que exponerse mucho y sufrir elevadas bajas para aproximarse a la línea enemiga. Esta concepción anticuada empeoró por culpa del delirio nacionalista; la consideración del soldado prusiano como un hombre superior en la guerra a los británicos o franceses sólo agravó la situación; ante las alambradas, las minas y las ametralladoras poco valía el valor prusiano. Los generales pensaban que la guerra sería rápida y corta y elaboraron planes para obtener la victoria en poco tiempo. Pero en realidad la guerra fue lenta y larga, una situación que nadie había previsto y para la cual no tenían plan alguno.

Sobre esos viejos métodos se diseñaron y ejecutaron las primeras batallas. Francia tenía previsto un plan militar ofensivo cuyo objetivo era recuperar Alsacia y Lorena, territorios que habían sido perdidos en la guerra con Prusia de 1870 y que pesaban mucho sobre el orgullo patrio francés. El plan suponía que el ataque alemán vendría desde Lorena. El ejército francés, al mando del general Joffre, se concentró con cinco ejércitos entre Nancy y Belfort con la intención de atacar y recuperar Alsacia y Lorena para Francia. Las defensas alemanas fueron eficaces y el avance francés fracasó ante la precisión de las ametralladoras germanas, los galos fueron derrotados en Mulhouse el 10 de agosto. Después de unas semanas de combates las tropas de Joffre tuvieron que retornar a sus posiciones iniciales. Mientras, el Estado Mayor francés no había protegido con eficacia la frontera con Bélgica; pensaban que los alemanes no se atreverían a invadir un país neutral que estaba defendido por Gran Bretaña; ya que obligarían a ésta a entrar en la guerra. No fue así, Bélgica fue invadida y ocupada de forma rápida, casi sin oposición, por las fuerzas del Káiser y Gran Bretaña entró en guerra.

El mando alemán había preparado un plan muy ambicioso. El plan Schlieffen era denominado así por el nombre de su autor, el ex jefe del estado mayor alemán del segundo Reich Alfred Graf von Schlieffen. El plan partía de la posibilidad de una guerra con dos frentes: por un lado en occidente con franceses y británicos y por otro lado contra los rusos en el este. Ante esta situación

un conflicto largo sería perjudicial para los alemanes, ya que el potencial colonial británico y su dominio del mar supondría un aporte continuo de suministros y combatientes que no podría ser igualado. La realidad empeoró esta situación; puesto que se abrió un tercer frente en los Balcanes, donde los aliados de los alemanes, los austro-húngaros, eran inferiores en el aspecto militar. Por lo tanto la opción de victoria alemana pasaba por una acción rápida que acortara la guerra y la decidiera en poco tiempo. Los alemanes suponían que los rusos tardarían en movilizarse debido a la inferioridad de su ejército y al enorme tamaño de su territorio. Ante estas suposiciones el plan de batalla consistía en establecer una posición defensiva en el este y embestir con la mayor potencia posible en el oeste, para destruir el ejército francés en su totalidad. Una vez derrotados los franceses se dedicaría todo el esfuerzo a combatir a los zaristas. La acción en el oeste suponía atacar Francia a través de Bélgica, ya que esa zona sería más fácil de penetrar que la fortificada frontera franco-alemana. En el este se sacrificó Prusia oriental, tropas austro-húngaras y alemanas se retiraron hasta el Vístula y establecieron una línea defensiva. El 2 de agosto los alemanes ocuparon Luxemburgo. El día 3 cuatro ejércitos invadieron Bélgica. Una parte de las tropas belgas huyó para unirse a los franceses y otra resistió hasta el día 18 en Amberes, donde capitularon. La ofensiva alemana estaba a cargo de cuatro ejércitos: El I, II, III y IV; una enorme masa de 750.000 soldados que después de ocupar Bélgica tendrían que entrar en suelo galo y aplastar a los franceses. Todo empezó bien para los alemanes: el 21 de agosto en la batalla de Charleroi vencieron a las fuerzas expedicionarias británicas al mando del mariscal French y al V ejército francés dirigidos por Lanrezac, el 1 de septiembre el ejército de von Kluck cruzó el río Aisne, París estaba ahora a su alcance. Como había sucedido en la guerra franco-prusiana la capitulación gala estaba próxima, pero Francia se salvó en el río Marne.

# El milagro del Marne

LÍNEA EN BLANCO

LÍNEA EN BLANCO

En el barrio de Montmartre de París está situada la basílica del Sagrado Corazón, fue construida en la cima de la Butte de Montmartre, porque desde ahí se ofrece una magnífica vista sobre la capital de Francia. Se financió gracias a donaciones de católicos parisinos debido a la vergüenza que sintieron ante la invasión prusiana, consecuencia de la guerra de 1870. Cuarenta años después la historia se iba a repetir, los alemanes se aproximaban y parecía que nada los iba detener.

En septiembre de 1914 todo iba bien para los alemanes. Su plan ofensivo estaba en marcha y habían conseguido cumplir con los objetivos previstos. La ofensiva francesa en Alsacia y Lorena había fracasado, el choque con los alemanes demostró la inferioridad aliada. Las tropas galas y británicas se retiraban de forma constante ante el empuje teutón, Bélgica había capitulado y el siguiente asalto sería sobre París. Si la ciudad era tomada Francia perdería la guerra. París estaba ya al alcance de los alemanes, a sólo 50 kilómetros del primer ejército dirigido por von Kluck. Todo apuntaba al desastre y cundía el desánimo y el pánico entre la población. Los parisinos huían en masa y abarrotaban las carreteras de refugiados cargados con las pocas pertenencias que podían transportar, un millón de personas se marchó de la ciudad. Ante la inminencia de la derrota el gobierno francés abandonó París el 2 de septiembre y se trasladó a Burdeos. Las fuerzas británicas en retirada cruzaron el Marne el día 3 de septiembre, dinamitaron puentes y vías ferroviarias para dificultar el avance enemigo. En el resto de Europa la impresión de que los alemanes eran imbatibles estaba generalizada, se pensaba que Alemania había avanzado tanto debido a su genio militar y a su superioridad táctica y estratégica. La capitulación francesa se daba por inevitable.

A pesar de las apariencias los alemanes no estaban en una posición tan ventajosa. Sus tropas habían recorrido un camino largo desde su patria, casi siempre a pie y con un equipo pesado. Los combates habían sido más duros de lo esperado, con un gran número de bajas. Por otro lado, el aprovisionamiento se resentía, franceses y británicos habían destruido las vías de comunicaciones en su retirada y mantener la cadena de suministros se complicaba cada vez más, por lo que el aporte de refuerzos y armamento no era tan eficiente como se había previsto. Los franceses mantenían su movilidad ya que las infraestructuras de su territorio no habían sido dañadas. Además, el ejército aliado no había sido destruido, es cierto que se habían retirado de forma continua mientras sufrían una gran cantidad de bajas pero mantenían casi intacta su capacidad de combate. En sus derrotas previas habían recibido el mejor entrenamiento posible para la guerra, la guerra misma.

Las tropas se preparaban para defender París. En el asalto a la ciudad los alemanes se enfrentarían a la fuerza expedicionaria británica y a dos ejércitos franceses: el V y el VI. A la vanguardia alemana iban el primer y segundo ejército. Según el plan ofensivo alemán, el plan Schlieffen, debían cercar la ciudad por el oeste; pero en contra de lo previsto von Kluck recibió la

orden de realizar el cerco por el sudeste con la intención de rodear al ejército de la Entente. Este movimiento fue visto como un error por el jefe de la fuerza francesa, Joseph Joffre. Joffre pensó que la única forma de cambiar las expectativas aliadas era pasar a la ofensiva, en lugar de atrincherarse y prepararse para contener el ataque. Los franco-británicos decidieron tomar la iniciativa y atacar con la mayor intensidad posible en toda la línea del frente el día 6 de septiembre.

Ese día comenzó el milagro que salvaría París. Fue en la riberas de un afluente del Sena en la región Champaña-Ardenas, el Marne. Allí 150.000 hombres al mando del general Maunoury atacaron por el oeste al flanco derecho del primer ejército alemán. El avance se había realizado con tanto ímpetu que los alemanes no pudieron contenerlo. Para socorrer a las tropas von Kluck tuvo que mover una gran cantidad de hombres y como consecuencia se abrió una brecha entre los dos ejércitos alemanes, el hueco fue clave en los resultados posteriores.

Por primera vez la aviación tuvo un papel determinante, aviones de reconocimiento aliados vieron desde el aire el vacío entre los ejércitos enemigos. Esa información fue vital y desencadenó una reacción inmediata. Las tropas británicas y parte de las francesas se lanzaron hacia el hueco abierto y atacaron el flanco derecho del segundo ejército alemán dirigido por von Bülow, éste, desconcertado, no supo reaccionar y la brecha aumentó. En ayuda de los franceses comenzaron a llegar refuerzos el 7 de septiembre desde la ciudad, que fueron transportados en 600 taxis Renault requisados por el gobernador militar. La utilización de taxis creó un ambiente de defensa colectiva que aumentó la moral de los parisinos. La ciudad se volcó en la defensa frente al derrotismo de los días previos. El uso de los taxis no fue determinante pero su contribución a la mejora de la moral supondría un cambio, los franceses pensaban que podían evitar la derrota. El 8 de septiembre por la noche se produjo una nueva ofensiva gala. El general francés d'Esperey lanzó a su quinto ejército en un ataque sorpresa contra el segundo ejército alemán. Para hacer frente al ataque von Bülow cometió otro error y puso parte de su ejército de cara a París; aisló a sus tropas de forma total del primer ejército de von Kluck, ambas fuerzas llegaron a tener una separación de 40 kilómetros. Una vez visto el error y ante el posible desastre von Bülow ordenó la retirada.

Parecía que los ejércitos alemanes iban a ser destruidos. El comandante en jefe de las fuerzas alemanas, el general Helmuth von Moltke, ante lo crítico de la situación y temiendo la aniquilación de su ejército tomó el mando y ordenó la retirada total de sus tropas hasta el río Aisne. Durante el repliegue de 65 kilómetros las tropas alemanas fueron perseguidas y castigadas. Al cruzar el Aisne se reagruparon y establecieron una línea defensiva de trincheras, cavaron unos agujeros que no abandonarían ya en toda la guerra.

Tras el desastre Moltke informó al Káiser de que habían perdido la guerra. El general alemán era consciente de que el fracaso en el Marne suponía el fin del plan Schlieffen y terminar con cualquier opción de vencer de forma rápida. En un conflicto largo las opciones alemanas se reducían ya que tendrían que combatir de forma simultánea en dos frentes, algo que habían tratado de evitar a toda costa. El Marne fue la primera gran batalla de la guerra y el fin de cualquier opción de una solución temprana. Con la línea de trincheras establecida por los alemanes todo iba a cambiar, a partir de ese momento el enfrentamiento llegó a un punto muerto en el que los

mandos no tenían un plan para resolver la situación. La guerra, que al inicio había sido una guerra de movimientos, se transformó en una guerra de trincheras, de posiciones estáticas y de desgaste. La magnitud de la batalla superó cualquier previsión anterior. Combatieron dos millones y medio de hombres: 1.070.000 aliados y 1.480.000 alemanes. Las bajas superaron el medio millón, entre muertos y heridos.

El Marne mostró una nueva arma que iba a tener un papel protagonista. Gracias a los aviones los franceses pudieron conocer con antelación los movimientos de las fuerzas enemigas y actuar en consecuencia. Se trataba de un invento nuevo; el primer vuelo de los hermanos Wright tuvo lugar apenas diez años antes, en 1903. Al principio de la guerra no existía un arma aérea en los ejércitos. Los mandos, situados aún en viejos esquemas, consideraban a los aeroplanos como una curiosidad; pero no intuyeron su potencial. Todo cambió cuando se vio que la información que podían facilitar era vital para el campo de batalla. La aviación militar se inicia como un medio de reconocimiento de las posiciones enemigas, que además servía para corregir el tiro de la artillería. Dado el peligro que suponían los aviones de reconocimiento fue necesario neutralizarlos, surge así la aviación de caza. En los momentos iniciales se trataba de un avión que buscaba a otro y el piloto disparaba con un arma ligera al avión enemigo: pistola, fusil o escopeta. Paso a paso el combate aéreo se hizo más sofisticado, se incorporaron ametralladoras sincronizadas con la hélice y se crearon mandos aéreos unificados. El cielo se convirtió en un campo de batalla más.

# La larga marcha hacia el mar

La derrota alemana en el Marne y el fracaso de la ofensiva francesa en Alsacia y Lorena habían demostrado que los planes de guerra eran inútiles, a pesar de todo los estados mayores pensaban que la guerra podía acabar antes de navidad. Los franco-británicos creían que la retirada alemana era un preludio de su derrota. Pero cuando las tropas germanas se retiraban hacia el Aisne de forma precipitada, hostigadas y con un gran número de bajas, no se producía una desbandada definitiva sino un repliegue táctico. Los hombres del Káiser se retiraban para establecer una línea defensiva y fortificada en un lugar apropiado para ello, ya que el enemigo tendría que cruzar un río si quería atacar. Cavaban trincheras, establecían líneas de alambradas, puestos de ametralladoras y situaban sus piezas de artillería para poder batir con contundencia cualquier avance aliado. Por lo tanto, los alemanes no estaban derrotados, los aliados no tenían capacidad para expulsarlos de forma definitiva de su territorio. Aunque la guerra había empezado hacía poco tiempo las bajas eran ya enormes y el castigo que habían sufrido los franceses, tanto en la ofensiva sobre Alsacia como en los alrededores de París, había supuesto un gran desgaste. El ejército aliado estaba muy tocado y había visto reducida su capacidad ofensiva, a pesar de esto el mando franco-británico pensaba que los alemanes estaban maduros y que podían ser vencidos. Para conseguir la victoria definitiva lanzaron una ofensiva en el Aisne el día 13 de septiembre a cargo del quinto y sexto ejército francés más las fuerzas expedicionarias británicas. Este ataque reflejó una situación que se repetiría a lo largo de toda la guerra: una vez que un ejército está atrincherado los asaltos frontales fracasan ante la eficacia de las armas defensivas, sobre todo de las ametralladoras; lo que consiguen los asaltantes es un enorme sacrificio de hombres. El ataque frontal era ya una opción ineficaz, brutal y sangrienta. La acción aliada consiguió cruzar el río y establecer una cabeza de puente, pero fueron rechazados por una contraofensiva enemiga. Ante el fracaso y el gran coste en vidas la ofensiva aliada se detuvo el 28 de septiembre.

¿Y ahora qué? Esta podía ser la pregunta que se hicieron los mandos después del fracaso de todas sus previsiones. Ambos contendientes necesitaba un nuevo planteamiento estratégico, una nueva forma de actuar en el campo de batalla. Después de la malograda ofensiva alemana von Moltke fue destituido y su lugar fue ocupado por Erich von Falkenhayn, como nuevo jefe del ejército alemán recibió un plazo de seis meses para derrotar a los aliados en el frente occidental. El plan de Falkenhayn era alcanzar la costa belga y francesa para controlar los puertos del Canal de la Mancha. De esta forma pretendía evitar la llegada de suministros para los aliados desde Inglaterra. Una vez que tuvieran el control de los puertos podían lanzarse de nuevo sobre París, ya que un ejército desabastecido sería más fácil de derrotar. El intento alemán de acceder a los puertos y la acción aliada para impedirlo es lo que se conoció como *la marcha hacia el mar*; una serie de acciones que pretendían desbordar al enemigo de forma rápida y que acabaron en numerosas batallas, con ataques frontales y un gran desgaste por ambos lados. El intento alemán se realizaría entre el Aisne y la frontera de Bélgica, una zona que estaba asignada a los británicos

y a lo poco que quedaba del ejército belga.

Amberes era un lugar clave ya que permitía el acceso a los puertos del mar del Norte. Los aliados querían que la ciudad resistiera el tiempo suficiente para establecer una línea defensiva de trincheras en Flandes con la que contener el empuje alemán. Los alemanes empezaron a bombardear de forma intensa la ciudad con su artillería el 26 de septiembre. El objetivo era dañar las posiciones fortificadas que permitían el acceso a la ciudad y vencer cualquier resistencia, para ello concentraron una gran cantidad de piezas que propiciaron un castigo brutal a toda la zona. El bombardeo de Amberes fue el primer ejemplo de cómo una ciudad podía ser machacada con la artillería hasta que cundiera el pánico, el desánimo y conseguir la rendición sin un ataque de infantería. A pesar de la resistencia de las tropas británicas y belgas la ciudad capituló el día 10 de octubre. Esto permitió a los alemanes avanzar y tomar Ostende el día 15. Pero la caída de Amberes no fue un fracaso para los aliados; el tiempo que resistió la ciudad les dio el margen suficiente para reforzar la línea defensiva en Flandes, allí tratarían de aguantar.

Pero el objetivo alemán no era Flandes en sí misma, sino los puertos, en concreto tres: Dunkerque, Calais y Boulogne. El asalto lo realizaron en una zona que estaba bajo el nivel del mar y protegida por diques, el canal de Yser, defendido por el pequeño ejército belga. El ataque alemán fue muy agresivo. Los belgas estaban apoyados desde el mar por la marina británica, cuyos buques bombardeaban las posiciones alemanas. Pero no lograron detenerlos, el día 22 de octubre establecieron una cabeza de puente que les daba acceso a su objetivo. Ante la inminencia de la derrota el rey de Bélgica ordenó abrir las esclusas de los diques que protegían la zona. Como consecuencia se produjo una inundación que generó el caos entre las líneas alemanas y forzó su retirada; fue un espectáculo que minó aún más la moral de todos, un nuevo episodio que añadir a los campos devastados y a las aldeas en ruinas, una lista que sería interminable. Ante el fracaso los alemanes dirigieron su ofensiva a la mayor ciudad del occidente de Flandes, Ypres, un lugar próspero que había florecido en el siglo XIII gracias al comercio y a la industria de tapices y que se iba a convertir en uno de los lugares que representarían lo espantoso de esta guerra. En Ypres se combatió durante todo el conflicto, ahí se formaría una línea que no consiguió ser sobrepasada por ningún bando. La zona quedaría arrasada y los soldados de los dos ejércitos fueron sacrificados durante cuatro años sin apenas modificar las posiciones que se fijaron en 1914.

Ypres era importante para todos, su situación da acceso a los puertos del Canal de la Mancha; por lo tanto su control era vital. Era el punto en el que se habían juntado los dos ejércitos en su intento de llegar al mar del Norte: los aliados desde Nieuport y los alemanes desde Amberes y Ostende. En Ypres se fortificaron las tropas aliadas, sobre todo británicas. La ciudad permitía establecer una buena posición defensiva que rodeaba la población. Los alemanes pensaban que el asalto a Ypres era la oportunidad de acabar, de una vez por todas, el camino hacia el mar. Lo cierto es que a pesar de los horrores sufridos en el canal de Yser y de un número insoportable de bajas estaban consiguiendo su acceso a los puertos. Pero Ypres sería el final de la marcha hacia el mar, el lugar donde el frente se estancaría de forma definitiva. Falkenhayn dispuso que el ataque final sobre Ypres sería realizado por el cuarto y sexto ejército en una ofensiva con la mayor intensidad posible sobre un área muy reducida. Las fuerzas aliadas eran inferiores en número pero

estaban en posiciones defensivas, algo que como hemos visto les permitía ser más eficaces. El 31 de octubre comenzó el ataque alemán, pese a la intensidad de la ofensiva los británicos consiguieron contenerlos. Un nuevo intento fue realizado el 11 de noviembre, en este caso los alemanes tuvieron éxito y consiguieron avanzar; pero el terreno conquistado no pudo ser consolidado y tuvieron que retirarse a sus posiciones iniciales. El esquema se repetía ya de forma habitual: un ataque intensivo conseguía avanzar a costa de un gran precio en vidas pero el terreno no podía ser mantenido y los atacantes se retiraban al punto de partida. Esto continuó hasta el 22 de noviembre, con la llegada de lluvias intensas y de frío el terreno se hizo impracticable y los combates cesaron. Cuando la batalla se detuvo los británicos habían sufrido 80.000 bajas; su territorio formaba una especie de península que se introducía en territorio alemán, el saliente de Ypres, que fue el escenario de sucesivas batallas en toda la guerra en el cual los británicos aguantarían sin ceder hasta el final. Desde entonces el nombre de Ypres es un lugar mítico en la historia del ejército británico, un ejemplo de su capacidad de resistencia. Allí luchó un joven alemán de origen austriaco que fue condecorado con la Cruz de Hierro por su valor, se llamaba Adolf Hitler.

Los combates en el saliente de Ypres aportaron una novedad en la guerra moderna cuya finalidad era intentar romper la defensa enemiga: el gas. Los alemanes lo utilizaron allí por primera vez el 22 de abril de 1915, se trataba de cloro que se emitía desde botellas cuando el viento soplaba en la dirección favorable. Se lanzó una enorme nube y el resultado fue el pánico. Los franceses tuvieron 15.000 bajas como consecuencia de ese ataque, pero a pesar del éxito inicial los alemanes no consiguieron romper el frente. El gas se sumó a la lista de horrores que hacía penosa la vida de los combatientes, pero no fue un arma definitiva. El Alto Mando alemán empezó a confiar en la nueva arma y se puso a fabricar otro tipo de gases y a desarrollar nuevos métodos como gases de fosgeno y granadas de gas; más adelante se pasó al arsénico y después al ácido cianhídrico, que descompone la sangre. En 1917 se usó el gas mostaza que actúa a través de la piel. Toda arma requiere una defensa y por ello se creó la máscara antigás que debía ser empleada tanto por los atacantes como por los defensores, para el gas mostaza no servía la máscara y debía utilizarse un traje completo para todo el cuerpo. Aunque este nuevo método empezó a ser utilizado por los alemanes en poco tiempo todos los ejércitos lo incorporaron a su arsenal.

Tras la marcha hacia el mar nadie pensaba en una guerra corta. La idea de un conflicto limitado era una quimera. La lógica macabra del frente había enseñado cómo sería todo a partir de ese momento: la mejora tecnológica permitía ser más eficaz al defender una posición que al atacarla. Las embestidas frontales podían ser contenidas si el otro ejército estaba bien atrincherado. Se combatía por metros de tierra, sólo se podía avanzar mediante un sacrificio enorme de vidas y medios materiales. Una vez conquistado el terreno era casi imposible conservarlo y los atacantes debían regresar a su línea de trincheras, después la tierra de nadie se quedaba llena de cadáveres que se descomponían entre el barro y la humedad permanente. Se había construido una enorme línea de trincheras que iba desde Flandes hasta la frontera suiza. Para mantener ese gigantesco teatro de operaciones y sustituir el enorme número de bajas sería

necesario aportar una ingente cantidad de combatientes. Se recurrió de forma sistemática a la leva forzosa, el frente iba a engullir a toda la juventud disponible. El requerimiento de combatientes tuvo como consecuencia la escasez de mano de obra en la retaguardia, sobre todo en el lado alemán. Como resultado se empezó a abusar de la población civil de las zonas ocupadas. Los habitantes de la pequeña Bélgica, un estado que no había declarado la guerra a nadie y que fue invadido solo porque estaba de camino a Francia, sufrieron la ocupación alemana. Más de 100.000 belgas fueron deportados como trabajadores en circunstancias penosas, una mano de obra casi en condiciones de esclavitud.

# La apisonadora eslava

El enemigo oriental de Alemania y Austria-Hungría era un monstruo gigantesco: Rusia, el estado más grande del planeta. Su tamaño hacía que fuera imposible conquistar su territorio, nadie lo había conseguido. Sólo recorrer la distancia hasta Moscú podía destruir un ejército, como le sucedió a Napoleón un siglo atrás. El ejército del Zar era comparable al tamaño de su imperio, ocho millones de hombres podían lanzarse sobre Alemania. Sorprende que ante un enemigo de tal envergadura alguien pudiera plantear la posibilidad de invadirlo. Rusia era un gigante, sí, pero era un gigante débil y torpe. Su ejército estaba en unas condiciones lamentables, la mayoría de sus hombres eran campesinos mal entrenados, sin equipamiento y sin disciplina. Los generales rusos tenían una pésima formación militar, en realidad eran un grupo de incompetentes de origen aristocrático que accedían al mando debido a la estructura social zarista. A la pobre calidad del ejército se añadían unas enormes dificultades logísticas; el tamaño de Rusia hacía que fuera una pesadilla mover por su territorio las tropas y los suministros, máxime cuando faltaban medios e infraestructuras de transporte. El mando alemán era consciente de las limitaciones rusas; por ese motivo su plan consistía en acabar antes con los franceses, suponían que los rusos tardarían en movilizarse y no serían un peligro inmediato. Por lo tanto, en los primeros instantes de la guerra los alemanes concentraron todo su potencial en el frente occidental. Cuando acabaran con los franco-británicos se ocuparían de los rusos. El otro aliado de Alemania, Austria-Hungría, no contaba con su mismo potencial bélico; pero el mando alemán consideraba que sería suficiente para derrotar al pequeño estado serbio y para apoyarles en su lucha contra los zaristas. Como sucedió en occidente los planes previos no coincidieron con lo que aconteció en realidad.

El enorme ejército ruso estaba al mando del Gran Duque Nicolás, que debido a los problemas logísticos necesitaba meses para movilizar sus tropas y tenerlas operativas. Pero Nicolás tomó una decisión arriesgada, decidió ayudar a Francia y presionar a los alemanes en el este. A pesar de no estar preparado lanzó un ataque sorpresa contra Prusia. El objetivo era que Alemania dedicara más esfuerzo al frente oriental, al trasladar tropas para detener a los rusos ayudarían a los franceses a contener la embestida sobre París. El ataque estuvo a cargo de nueve divisiones dirigidas por Rennenkampf, a pesar de la falta de equipamiento de sus hombres y de la casi ausencia de artillería consiguió sorprender a los alemanes que no esperaban una ofensiva de semejante tamaño. Los hombres del Káiser fueron derrotados en la batalla de Gumbinnen y esto forzó su retirada de Prusia Oriental.

Como consecuencia de la derrota en Gumbinnen el mando de las tropas alemanas en el este fue entregado a von Hindenburg. Su primera decisión fue reforzar el frente oriental con tropas trasladadas desde occidente. Esto fue un error, debilitó la ofensiva sobre el Marne y contribuyó al fracaso de la conquista de París. El ataque ruso que había propiciado la victoria estaba formado por dos ejércitos: el primero dirigido por Rennenkampf y el segundo a cargo del general Samsonov. El mando alemán diseñó una trampa que casi consigue la aniquilación de las tropas

zaristas. El plan consistía en contener a Rennenkampf y dejar avanzar a Samsonov. Los alemanes conocían las debilidades rusas, sabían de su falta de equipamiento y de sus dificultades logísticas. Supusieron que si dejaban alargar la línea de suministros podrían vencerlos. Acertaron; una vez que el ejército de Samsonov se había internado en Prusia Oriental atacaron su línea de suministros el 26 de agosto en la localidad de Tannenberg y consiguieron cercar al segundo ejército, que el día 30 había sido vencido. La derrota fue absoluta y generó un caos que los rusos no olvidarían. Sufrieron 30.000 bajas. Más de 80.000 hombres se rindieron ante los alemanes y esto generó un problema logístico, ya que no tenían prevista una masa tan grande de prisioneros. El general Samsonov se pegó un tiro en la cabeza. El escenario tras la batalla de Tannenberg fue caótico. Los zaristas para evitar ser exterminados emprendieron una retirada apresurada de Prusia Oriental en unas condiciones terribles: estaban hambrientos, durante el camino abandonaban todo el equipo y muchos desertaban. Más que una retirada fue una desbandada que dejó en evidencia el desorden del ejército ruso. A partir de la derrota en Tannenberg los rusos estarían toda la guerra a la defensiva. El enorme ejército zarista era más débil de lo que se había esperado.

Hindenburg quería acabar del todo con el ejército ruso. Habían destruido las tropas de Samsonov pero faltaba vencer al primer ejército de Rennenkampf. Éste adoptó una actitud prudente, tras una retirada inicial estableció una posición defensiva en los lagos Masurianos, una zona de Prusia Oriental en la cuenca del río Omer conocida como el escudo báltico; se trata de una llanura repleta de lagos de origen glacial que se comunican entre ellos mediante canales. La estructura de lagos y canales era apropiada para la defensa y fue el lugar elegido por Rennenkampf para enfrentarse con los alemanes. Los rusos se atrincheraron y Rennenkampf situó en primera línea a sus mejores tropas y reservó el resto como refuerzo. Hindenburg tomó una decisión similar: las tropas mejores en vanguardia y el resto de reserva. Pero por primera vez en el frente oriental los alemanes tenían superioridad numérica. Los refuerzos desde el frente francés habían llegado y esto permitió a Hindenburg cubrir toda la zona y contar, además, con tropas de refuerzo en retaguardia. El 6 de septiembre comenzó la batalla de los Lagos Masurianos, a diferencia de los combates en Tannenberg la victoria no fue fácil para los alemanes y el enfrentamiento fue de una dureza extrema; vencieron gracias a su superioridad numérica y de equipamiento pero a cambio de un gran precio en bajas. El día 11 los rusos empezaron a retirarse; pero esta vez el repliegue hacia la frontera rusa fue ordenado y se evitó la desbandada, el caos y las deserciones masivas. Tras expulsar a los rusos de Prusia los hombres del Káiser invadieron Polonia y llegaron hasta Varsovia.

Los aliados de Alemania, los austro-húngaros, no disponían de un ejército tan potente, ni en tamaño, ni en entrenamiento, ni en equipo. A lo largo de todo el conflicto iban a suponer un problema para el Káiser, que tendría que socorrerles de forma sistemática para evitar su derrota, detrajo así recursos que necesitaba en otros frentes. Los objetivos austriacos eran más modestos que los de sus aliados: por un lado debían apoyar a los alemanes y atacar Galitzia y tenían también que derrotar a los serbios en los Balcanes. En Galitzia, aunque consiguieron llegar a Lublin, fueron derrotados por los rusos y para poder aguantar se vieron obligados a desplazar una gran cantidad de tropas que eran necesarias en los Balcanes. Austria-Hungría pensaba que la invasión

de Serbia iba a ser un paseo militar. El pequeño estado eslavo había sido el motivo por el que había empezado la guerra y no parecía un enemigo de envergadura. Cuando los austriacos invadieron Serbia el 12 de agosto se encontraron con 300.000 soldados serbios dispuestos a luchar hasta la muerte. Los serbios aguantaron y, además, pasaron a la ofensiva; lograron entrar en el territorio austriaco. Pero los imperiales reaccionaron a tiempo; expulsaron a sus enemigos y de nuevo invadieron Serbia, llegaron a ocupar Belgrado. La retirada del ejército serbio hacia las montañas fue acompañado de un gran número de civiles que seguían a sus tropas en condiciones penosas, muchos de ellos murieron en el camino de hambre y enfermedades. Parecía que los austriacos iban a acabar con Serbia pero de nuevo fueron derrotados en las montañas de Rudnik y esta vez la derrota fue una catástrofe ya que perdieron 100.000 hombres. Emprendieron entonces la huida, abandonaron la recién conquistada Belgrado que fue recuperada por los serbios. La huida desesperada de los imperiales tuvo como consecuencia las represalias sobre la población eslava. En las zonas conquistadas de Serbia una gran parte de sus habitantes fue deportada. En toda la guerra 150.000 civiles serbios y montenegrinos fueron expulsados de su hogar, de forma especial en Bosnia-Herzegovina. En algunas ocasiones la brutalidad llegó a situaciones extremas, como en Sirce, donde se obligó a los civiles serbios a cavar sus tumbas antes de ser ejecutados.

A diferencia de lo sucedido en el frente occidental los enfrentamientos en Prusia, Galitzia y Serbia fueron menos estáticos. El resultado fue que al comenzar 1915 los rusos no habían sido vencidos, aún aguantaban pese a las derrotas de Tannenberg, de los lagos Masurianos y de haber sido expulsados de Prusia Oriental. Por otra parte, Austria-Hungría fue incapaz de vencer a los serbios. Las perspectivas para un final rápido también se habían disipado en oriente, las magníficas fuerzas alemanas no se bastaban para vencer en los enormes frentes del este y centro europeo. También en esta zona se había alcanzado un cierto equilibrio de fuerzas que hacía presagiar un conflicto largo.

# **Segunda parte**

**La guerra será larga**

# La guerra de posiciones

Al final de 1914 los ejércitos estaban atrincherados, sin un plan claro sobre qué pasos se debían dar para intentar imponerse. La moral de las tropas se había derrumbado en los pocos meses de lucha. Quedaban ya lejos los ideales de patriotismo y el afán de aventura que habían empujado a los jóvenes a alistarse. Los soldados estaban lejos de casa, con la muerte al acecho cada día, refugiados en sus trincheras; mientras sufrían la humedad, la carestía de alimentos, el frío y el barro. En ese triste ambiente llegó la navidad, la primera lejos de casa. De forma espontánea algunos hombres empezaron a conversar con los enemigos que tenían en la trinchera frente a ellos. Algunos abandonaron el parapeto y se dirigieron a la línea contraria. Intercambiaron tabaco, mostraron las fotos de sus familias y novias, cantaron villancicos y jugaron partidos de fútbol. Episodios similares se reprodujeron en toda la línea del frente, reflejaban el estado de ánimo de aquellos muchachos que veían su futuro con una perspectiva incierta. La confraternización con el enemigo estaba prohibida. Cuando el mando tuvo noticia de lo sucedido trató de evitarlo y de castigar a quien lo propiciara. La tregua acabó con la navidad pero mostró que los combatientes no veían ya a sus enemigos como esos monstruos que la propaganda belicista les intentaba hacer creer; sino como unos iguales, unos pobre diablos que, como ellos, padecían los horrores del frente.

Los gobiernos habían trabajado con la hipótesis de que la guerra terminaría antes de navidad, debido a sus planes poco realistas que no tenían en cuenta cómo era la guerra moderna. La consecuencia era la ausencia absoluta de una estrategia para continuar las hostilidades. Ni siquiera había un plan que, al menos sobre el papel, pudiera vislumbrar una salida. Ante la falta de ideas en el frente se empezó a practicar una táctica de guerra total. Como no se podía vencer en el campo de batalla se trató de debilitar al máximo las sociedades enemigas, esto cambiaría las consecuencias sobre la población que dejó de ser quien costeaba el conflicto para convertirse en una víctima más. Se intentó producir un bloqueo en los estados contrarios que tenía como intención doblegar a la sociedad mediante el hambre para que dejaran de apoyar a sus gobiernos. Todos los esfuerzos se dedicaban a la producción de guerra, dejaban el bienestar civil en un plano secundario. Las requisas de cosecha y de ganado eran habituales. Con la movilización masiva de la población masculina se disminuyó de forma notable la capacidad de producción de alimentos en el mundo rural. Romper la línea del frente o conseguir un flanqueo de posiciones se convirtió en la obsesión de los generales, para intentar conseguirlo se recurrió a la intensificación mediante el incremento de soldados y de armamento. La leva forzosa se generalizó y aumentó el aporte de soldados. Pero a pesar de las nuevas armas, como el gas o la aviación, lo que realmente hacía terrible cualquier ataque eran las mejoras del armamento ya existente.

El principal arma de la infantería, el fusil, había sido poco eficaz hasta apenas un siglo atrás. Eran de carga frontal y de un solo disparo, su trayectoria de tiro era muy curva y poco precisa. La forma de utilización era la concentración de disparo sobre la masa de infantería que avanzaba. A

partir de la guerra franco-prusiana los ejércitos empezaron a contar con carabinas de repetición que disponían de cerrojo, ánima rayada y carga mediante cartuchos; mejoras que aumentaban su eficacia. Ya no era necesario concentrar el tiro; un soldado entrenado podía acertar al enemigo sin problemas, máxime si estaba parapetado en una posición protegida.

El mayor número de muertos en combate fueron producidos por las ametralladoras, ideales para defender una posición sobre todo si se combinaba con alambre de espino para entorpecer el asalto enemigo. Se podía disparar a voluntad contra la infantería que atacaba. Su efecto fue terrible debido sobre todo a la obsesión de los mandos por los ataques frontales. Las primeras, aunque rudimentarias, aparecieron en la guerra de Secesión americana. Los modelos se perfeccionaron y en 1890 eran capaces de disparar 650 balas por minuto. La más conocida fue la Browning, creada en 1885 por el americano John Browning, era accionada por el gas que recorre el cañón y ese sistema se generalizaría en todos los ejércitos.

El arma de artillería existía desde hacía siglos, pero mejoró su eficacia debido a las nuevas técnicas y a la capacidad industrial de producción masiva. Al principio de la guerra la alemana superaba a las demás, aunque esta diferencia se compensó con el tiempo. Los alemanes preferían grandes calibres de 105 y 150 milímetros mientras que los aliados confiaban más en la movilidad, con calibres menores para hacer que sus piezas fueran aptas para todos los terrenos. El cañón más famoso fue el Gran Berta de 142 toneladas: medía 30 metros y lanzaba una granada de 240 kilos; en 1918 bombardeó París desde 150 kilómetros. El uso intensivo del bombardeo artillero supuso en el frente uno de los mayores horrores para los soldados; como en una acción que tuvo lugar en la Champaña en septiembre de 1915 sobre las tropas alemanas, durante 75 horas seguidas sufrieron un tremendo castigo a cargo de 900 piezas.

La artillería sería la protagonista de las ofensivas que tuvieron lugar en 1915. Ante la ausencia de un plan para romper o flanquear el frente enemigo se recurrió al castigo mediante descargas intensivas como paso previo al ataque suicida de la infantería. El objetivo no se lograba casi nunca, los terrenos conquistados se recuperaban en el siguiente contraataque mientras dejaban en el camino una enorme cantidad de cadáveres. Ante el fracaso se pensó que la forma de evitarlo era el aumento de la intensidad de la ofensiva, tanto en el ataque artillero como en la cantidad de tropa utilizada. Se inició de esta forma una escalada perversa que culminaría en 1916.

La iniciativa alemana en occidente se esfumó en el Marne. Los hombres del Káiser estaban agotados después de las violentas batallas en Francia. El mando alemán decidió que su actitud ante los franco-británicos sería defensiva mientras su esfuerzo se centraba en la lucha con Rusia. Para mejorar sus posiciones ampliaron las líneas de trincheras, las hicieron más profundas y las reforzaron con tablones de madera; se construyeron puestos de mando, de observación, de descanso y se establecieron varias líneas que permitieran el repliegue en caso de que un ataque conquistara la primera posición. El resultado fue que una defensa improvisada se transformó en una estructura permanente donde los soldados iban a pasar varios años. El objetivo de todo esto era forzar a Rusia a un tratado de paz que más tarde les permitiera disponer de todos los recursos en el frente occidental. Se envió al frente ruso 25 divisiones trasladadas desde Francia para reforzar a las tropas que combatían allí contra los zaristas. Como consecuencia durante todo 1915

la iniciativa en el frente occidental estuvo en manos de franceses y británicos, que se dedicaron a realizar ataques sin estrategias claras y con objetivos menores. Esas acciones sólo supusieron un alto coste en vidas pero nulos resultados, como las realizadas en La Champaña y en El Artois, contenidas por los alemanes gracias a sus sistemas defensivos de varias líneas enlazadas de trincheras.

En el frente oriental 1915 empezó con los rusos en Hungría sin que los zaristas hubieran solucionado los problemas endémicos de su ejército, que habían provocado los desastres de las batallas de Tannenberg o de los lagos Masurianos. Las posiciones de los Imperios Centrales fueron reforzadas con tropas que Hindenburg recibió desde Francia, los alemanes habían conseguido llegar hasta Varsovia y avanzaron hacia los países bálticos. Los rusos establecieron su defensa desde Riga hasta Ternopil a través de los pantanos de Pripyat. La retirada rusa se realizó con una política de tierra quemada; los soldados fueron seguidos por refugiados civiles: niños, mujeres y ancianos que no tenían ningún medio de sustento y que murieron en gran número debido al hambre, al frío y a las penosas condiciones de su marcha. Cuando terminó 1915 los rusos habían sufrido ya dos millones de bajas y el resultado no fue peor porque los alemanes tuvieron que ayudar a sus aliados austriacos en el frente de los Balcanes.

En Galitzia y Bukovina los imperiales habían vencido a los rusos; a éstos la entrada en guerra de Italia les supuso un gran alivio, debido a que los austriacos tuvieron que dedicar tropas a ese nuevo frente. ¿Por qué entró Italia en guerra con casi un año de retraso? La decisión sorprende. Las noticias que llegaban no eran alentadoras para que nadie se decidiese a participar, sólo se producían líneas estancadas de combate y un enorme coste tanto en vidas como económico. Italia mantenía antes de la guerra una alianza con austriacos y alemanes, pero cuando empezó todo se declaró neutral. Su entrada en el conflicto fue, sin duda, oportunista. Como estado joven quería un puesto de relevancia en el teatro internacional y para ello mantuvo conversaciones con franceses y británicos para beneficiarse del reparto del botín, sobre todo del austriaco, en caso de una victoria de la Entente. También deseaban parte de los territorios de Oriente Medio y de África. En mayo de 1915 Italia declaró la guerra a los Imperios Centrales. El ejército italiano era muy numeroso pero tenía problemas parecidos a los rusos: falta de entrenamiento y de equipo. Su gran desventaja frente a los austriacos era la nula experiencia en combate frente a un enemigo que llevaba casi un año en lucha. Las tropas italianas al mando del general Cardona atacaron el territorio austro-húngaro. La sorpresa inicial les permitió avanzar pero los imperiales reaccionaron y consiguieron detenerles en el río Isonzo; que fluye a través de Eslovenia y desemboca en el noreste de Italia, en el golfo de Trieste del mar Adriático. Ese sería el lugar en el que los italianos se atascarían durante toda la guerra. Su aportación fue un nuevo frente estancado que apenas se movería durante todo el conflicto, en el que pagaron un enorme coste en vidas y sufrimiento.

# La estrategia del punto débil

En 1915 la situación en todos los teatros de operaciones era de bloqueo, tanto en los frentes principales de Francia y Rusia como en los Balcanes y en el recién abierto por los italianos en el río Isonzo. No se vislumbraba ninguna posibilidad de cambio. Se seguía combatiendo, pero no existía capacidad para imponerse en ninguno de los bandos. No se podían romper las líneas defensivas y en los ataques sucesivos sólo se producía una situación de desgaste y sacrificio de vidas sin ningún objetivo estratégico que pudiera cambiar algo u ofrecer un fin posible para la guerra. Ante la incapacidad para romper la línea del frente los estados mayores de la Entente empezaron a establecer conversaciones para plantear una gran ofensiva en 1916. El objetivo era realizar un ataque conjunto en todos los frentes con una envergadura tal que fuera imposible detener. Pero la preparación de esa operación iba a necesitar tiempo, hasta que llegara el momento era necesario un plan de actuación que les permitiera llevar la iniciativa. La guerra era ya de desgaste y la Entente planteó como opción la intensificación de la misma. Intentarían abrir el mayor número de frentes posible con el objetivo de desgastar a los Imperios centrales, debilitarlos por agotamiento dentro de una táctica de guerra total. Buscarían puntos débiles donde golpear y obligar a alemanes y austriacos a dedicar tropas y recursos en el mayor número de escenarios posible. El desgaste debería favorecer el colapso de sus sociedades cuando llegara la esperada gran ofensiva de 1916.

Alemania pensaba que su principal punto débil era el Imperio turco, con el que tenían firmado un tratado de amistad. Si bien los otomanos controlaban un vasto territorio desde el final de la Edad Media, a principios del siglo XX su imperio se deshacía. Su ejército había combatido en fechas recientes en las dos guerras balcánicas y el resultado había sido nefasto. Dentro de su territorio vivían múltiples pueblos y nacionalidades, como árabes, armenios o kurdos; que aspiraban a librarse del dominio de Estambul. Los alemanes temían, no sin razón, que una derrota otomana supusiera el fin de su imperio y el reparto de sus territorios entre los aliados. Éstos conocían las debilidades; pero temían la autoridad religiosa del Sultán, que en teoría era el líder espiritual de todo el Islam, y esto podía suponer un factor de unidad en todo el mundo árabe. Pero la autoridad del Sultán era más teórica que práctica y su capacidad de aglutinar a los pueblos musulmanes era nula. Al principio de la guerra los turcos habían declarado su neutralidad a pesar de su tratado de amistad con Alemania. Al estallar el conflicto dos cruceros alemanes, el Göben y el Breslau fueron sorprendidos en el Mediterráneo y se refugiaron en Estambul, los turcos se negaron a entregar los buques a la Entente. Alemania, como compensación, cedió los barcos a los turcos a condición de mantener su tripulación. Al final la Sublime Puerta decidió entrar en guerra y su líder Enver Pachá ordenó a los dos cruceros alemanes bombardear Odesa y Sebastopol, ambas ciudades en la costa del Mar Negro. Su objetivo era unir a todas las comunidades otomanas, muchas de ellas en territorio ruso. Como consecuencia la Entente declaró la guerra al Imperio turco en noviembre de 1914. Las primeras acciones otomanas fueron la ocupación del Kurdistán y

la invasión de la Armenia rusa. Al ocupar el Kurdistán comenzó la represión sistemática de la población civil, que llegaría a su máximo con los armenios, a los que los rusos habían ofrecido libertad religiosa y autonomía política. La ofensiva en Armenia fue un fracaso para los turcos debido a su pobre capacidad militar. Los zaristas aguantaron y les provocaron más de 40.000 bajas, acto seguido ocuparon la parte turca de Armenia. Ante la derrota los otomanos organizaron de forma brutal caravanas de civiles armenios para ser deportados, les acusaban de colaborar con los rusos. Saquearon y destruyeron sus pueblos, se dedicaron al asesinato indiscriminado y obligaron a los civiles a una terrible marcha en dirección hacia Alepo sin alimentos ni ropa y en condiciones penosas mientras eran maltratados o asesinados. Casi un millón de personas fue deportada y en torno a la mitad de ellos murieron en el camino debido al cansancio, el hambre, el frío, las enfermedades, los malos tratos o los asesinatos. El genocidio armenio, como se conoce esos sucesos, es hoy un elemento que enrarece las relaciones internacionales de Turquía.

Los británicos, al igual que los alemanes, suponían la debilidad turca. Creían que la apertura de nuevos frentes podía aliviar la presión sobre los rusos y, además, forzaría a Alemania a dedicar tropas para evitar la derrota de su aliado más débil. Para provocar esto a finales de 1914 ocuparon Chipre, establecieron un protectorado en Egipto y diseñaron dos puntos de ataque: los Dardanelos y Mesopotamia. Un desembarco en los Dardanelos fue una opción personal del lord del Almirantazgo, Winston Churchill. Churchill supuso que una acción allí permitiría conquistar Estambul. Sería un gran golpe contra los alemanes, que no tendrían más remedio que intentar evitar la derrota turca, con lo que la situación podía volverse muy favorable para la Entente. El desembarco en los Dardanelos fue planteada como una acción conjunta de franceses y británicos. Sería dirigida por Horatio Kitchener, un militar británico de mucho prestigio debido a sus acciones coloniales en Sudán y en la Guerra de los Boers. El lugar elegido fue la península de Gallipoli, que se encuentra en la parte europea de Turquía en el norte del estrecho de los Dardanelos (el Helesponto de la Grecia Clásica) y da acceso al mar de Mármara y por lo tanto al Bósforo y al Mar Negro. El desembarco sería llevado a cabo por 150.000 hombres el 25 de abril de 1915. El principal contingente estaba formado por tropas trasladadas desde Australia y Nueva Zelanda. Pero tras la derrota en Armenia los turcos se habían esforzado en mejorar su ejército, dedicaron más de 800.000 hombres para defender los Dardanelos. Los alemanes también habían pensado en la posibilidad de un desembarco aliado y habían enviado artillería para reforzar la zona. Uno de los líderes turcos en la zona fue Mustafá Kemal, un hombre que estaba llamado a ser el protagonista de la Turquía que surgiría tras la guerra. Cuando los aliados pusieron el pie en Gallipoli se encontraron a 350.000 turcos atrincherados, armados y con cobertura artillera dispuestos a detenerlos. El desembarco fue un fracaso sin paliativos para los franco-británicos. Los generales ingleses pensaban que los fuertes que defendían la entrada a los estrechos carecían de importancia táctica, pero se equivocaron, desde ellos los turcos pudieron hostigar el desembarco a voluntad, muchas lanchas tuvieron que regresar a sus buques ante el fuego enemigo. Los británicos fueron rechazados con contundencia y apenas consiguieron establecer una cabeza de puente que no pudo ser consolidada. La lucha fue terrible, se combatió cuerpo a cuerpo con ataques nocturnos a bayoneta calada. En noviembre de 1915 Kitchener ordenó la retirada. La

evacuación fue un desastre mayor aún que el desembarco, mientras las tropas británicas se retiraban eran masacradas por los turcos que estaban en una magnífica situación desde la cual disparaban sin parar con la artillería entregada por los alemanes. La huida duró hasta enero de 1916 y los aliados perdieron casi 150.000 hombres. La acción en Mesopotamia tampoco fue un éxito, comenzó a finales de 1915 tras un desembarco en el Golfo Pérsico, los ingleses iniciaron entonces una marcha hacia Bagdad que iba a ser una pesadilla para sus tropas. Sufrieron el rigor del desierto junto al ataque continuo de unidades que no eran tan inútiles como habían supuesto, que por añadidura conocían muy bien el terreno en el que peleaban. Los turcos no eran tan débiles y derrotarlos no iba a ser una tarea fácil.

Los Imperios Centrales diseñaron su propia estrategia de intensificación del conflicto. En este caso el lugar elegido fue la península de los Balcanes. Buscaban una derrota de Serbia que les permitiera liberar tropas de ese escenario. Para conseguirlo propiciaron la entrada de Bulgaria en la guerra. Bulgaria había sido derrotada en la última guerra balcánica y vio como su territorio se había reducido a costa, entre otros, de los serbios. Alemanes y Austriacos pensaban que los búlgaros podían ayudarles a terminar con el molesto estado serbio a cambio de concederles un aumento de su territorio: les entregarían zonas que ya controlaban y, de ese modo, se podrían vengar la humillación sufrida en la segunda guerra balcánica a manos de sus vecinos eslavos. Los búlgaros se habían declarado neutrales, pero tras la derrota aliada en Gallipoli creían que había llegado su momento, apreciaron de forma errónea que se podía vencer a la Entente. En octubre de 1915 entraron en la guerra del lado del los Imperios Centrales. Con apoyo búlgaro los Austriacos atacaron Serbia y consiguieron ocupar Belgrado de nuevo. Los serbios, derrotados, emprendieron una retirada apresurada hacia Albania. La capitulación era inminente, pero los franceses acudieron a socorrer a sus aliados. Desembarcaron en Corfú y en Salónica, estos territorios pertenecían a Grecia, que era un estado neutral. Parece que el gobierno griego toleró esas acciones que supusieron una cesión de soberanía y que de forma indirecta les hacía participar en la guerra. Un nuevo frente de operaciones se incorporó al ya complejo escenario. Para poder contener a los franceses los alemanes tuvieron que enviar tropas y suministros ya que los galos tenían capacidad suficiente para derrotar a austriacos y búlgaros. Una nueva grieta que taponar, ese fue el aporte de Bulgaria al conflicto.

La búsqueda de puntos débiles no se limitó al campo de batalla. Ante un escenario de guerra total la guerra económica paso a ser una opción más cuyo objetivo era estrangular a la población enemiga mediante la carestía. Se trataba de conseguir que el apoyo a los gobiernos disminuyera y se facilitara un final negociado. Los franco-británicos trataron de destruir la economía enemiga mediante el bloqueo marítimo. Gracias al poder de la Royal Navy intentaron evitar que cualquier tipo de suministro llegara a los puertos de sus enemigos. Las consecuencias del bloqueo fueron inmediatas y la población de los Imperios Centrales empezó a sufrir el racionamiento de los alimentos y la falta de suministros en general. Pero los alemanes no se quedaron quietos: cerraron todas las vías de comunicación con Rusia, ante franceses y británicos buscaron su desabastecimiento mediante el ataque de submarinos a los buques de suministros aliados. La batalla del Atlántico iba a ser clave en el desarrollo posterior de los acontecimientos.

## U-9

La guerra en el mar también iba a transformarse en el nuevo escenario. La iniciativa estaría en manos de los alemanes a partir de un suceso que tuvo lugar el 22 de septiembre de 1914. Ese día un submarino alemán, el U-9, hundió tres cruceros británicos en el mar del Norte. El éxito de la operación demostró que la lucha con buques de superficie, que había dominado la guerra en el mar a lo largo de la historia, tenía que revisarse ante la efectividad de los submarinos. La nueva forma de combatir iba, además, a dar una opción a Alemania para enfrentarse con la todopoderosa Royal Navy. Pero el cambio no iba a ser inmediato, primero los alemanes debían interiorizar su inferioridad en los enfrentamientos convencionales. Lo sucedido en el mar en 1914 y 1915 aceleró el proceso y consiguió que Alemania priorizara la lucha submarina en su estrategia de combate naval.

Con la intensificación del conflicto el mar se convirtió en uno de los principales teatros de operaciones. La guerra naval es una de las características de la guerra económica. El dominio de las rutas marinas permite controlar las líneas de abastecimiento, bien para bloquear al enemigo o para proteger tus propios suministros. Por lo tanto, en una guerra larga es vital controlar el mar. A principios del siglo la situación era favorable para los británicos, su poderosa armada era la base de todo su imperio colonial. Antes del comienzo de la guerra Alemania necesitaba contrarrestar el poder marino de los ingleses; para ello comenzó a construir una flota que tuviera la capacidad de enfrentarse con ellos, la conocida como *flota de riesgo*. Pero dicha flota era, en lo esencial, una flota de superficie formada por buques convencionales, sobre todo por acorazados y cruceros, un terreno dominado por los británicos.

Las dos marinas que iban a protagonizar la guerra naval se enfrentaron por primera vez en Heligoland, en el mar del Norte. Pero la primera batalla decisiva tendría lugar en el sur, en las inmediaciones de las islas Malvinas, donde los alemanes serían batidos de forma contundente. La derrota fue consecuencia de una visión errónea, el almirante Maximilian von Spee pensaba que podía destruir la flota británica del sur. De forma previa al enfrentamiento en las Malvinas von Spee, con un grupo de cinco cruceros, había derrotado a una parte de la escuadra inglesa en la batalla de Coronel, en la costa de Chile. Este éxito inicial hizo a Spee creer que tenía capacidad para acabar con la flota británica del Atlántico sur, con base en Port Stanley. Spee cruzó el cabo de Hornos y se lanzó contra la Royal Navy, el combate tuvo lugar el 8 de diciembre. Los alemanes se encontraron con una flota mayor de lo esperado ya que la fuerza principal británica estaba formada por siete acorazados, una escuadra muy superior en tamaño y capacidad de fuego. La derrota germana era, por tanto, inevitable. De los cinco cruceros alemanes cuatro fueron hundidos. Al inicio de la batalla los británicos hundieron dos: primero el buque de von Spee, el Scharnhorst, en el que pereció toda la tripulación formada por 800 hombres, incluido el almirante; del segundo crucero sólo se salvaron 150 marineros de 800. Tras esto los tres cruceros restantes, de menor tamaño, emprendieron la huida. Fue entonces cuando se produjo el desastre del Leipzig: este

buque fue alcanzado por los británicos y comenzó a incendiarse, la tripulación se amontonó en la cubierta, mientras muchos de ellos se abrasaban en el incendio los ingleses les disparaban a discreción mientras producían una masacre sin paliativos. De las 400 personas que formaban la dotación del Leipzig sólo se salvaron 18. El Nürnberg fue la última nave en irse al fondo del Atlántico, sobrevivieron siete marineros. Sólo pudo escapar el crucero ligero Dresden. Los británicos no perdieron ni un solo barco. La dureza, el número de bajas y la crueldad del combate habían demostrado que la guerra naval iba a tener unas dosis de horror equivalentes a la pelea en las trincheras.

Los alemanes también iban a ser vencidos en el norte. El 24 de enero de 1915 tuvo lugar la batalla de Dogger-Bank, de nuevo se vieron las caras las armadas británica y alemana. La superioridad del Royal Navy era abrumadora, contaba con 11 cruceros y 35 destructores frente a ocho cruceros alemanes. La victoria no fue total porque los británicos se retiraron de la lucha al creer que habían detectado un submarino. Aunque no hundieron la escuadra alemana la dañaron de forma considerable y, sobre todo, demostraron que el mar era territorio británico ya que su dominio era incuestionable. Los alemanes no tuvieron más remedio que refugiar su escuadra en sus bases del Báltico, esto permitió a la armada británica efectuar un bloqueo eficaz sobre las costas alemanas.

Por lo tanto, los sucesos obligaron a los alemanes a un cambio. El éxito del U-9 y los fracasos de las Malvinas y Dogger-Bank mostraron que la única opción que podía dañar a los británicos era la guerra submarina. El submarino era un arma nueva, aunque empezaron a construirse en el siglo XIX nunca se habían empleado en un conflicto real. Los mandos navales eran contrarios a este tipo de buques ya que contradecía su visión de la guerra. Un barco que atacaba a escondidas era considerado lejano al honor que debía formar parte de la guerra entre naciones civilizadas. Pero esas visiones fueron superadas por la realidad. Los submarinos aportaban importantes ventajas: eran más baratos de construir que un gran buque de superficie tipo acorazado o crucero, también eran difíciles de detectar y los torpedos les otorgaban una capacidad de fuego precisa y contundente. Como desventaja estaba sobre todo su escasa autonomía cuando se encontraban sumergidos. Los submarinos de la primera guerra mundial tenían motores diesel para la navegación en superficie y baterías eléctricas para la inmersión, cuando las baterías se agotaban había que emerger para recargarlas con los motores convencionales, en ese momento eran vulnerables y podían ser hundidos de forma fácil por cualquier nave enemiga.

Ante la nueva situación el gobierno del Káiser dio prioridad a la fabricación de submarinos. El primer sumergible alemán había sido botado un año antes de la guerra. Al inicio del conflicto contaban con 28 y durante toda la guerra llegaron a fabricar 400, mientras que los británicos sólo construyeron 175. Pero el mando no sabía como utilizar la nueva arma. No existía una doctrina militar sobre su uso y los oficiales no habían sido entrenados al respecto. Como en otras innovaciones hubo que aprender sobre la marcha. En un principio se pensó que la escuadra submarina podía atacar a la flota convencional británica que tenía su base en Scapa Flow, en las costas de Escocia. Si bien un submarino podía hundir un buque armado de gran tamaño, cuando salía a superficie era un blanco fácil para la capacidad artillera de los buques enemigos. En

realidad eran eficaces para atacar a mercantes desarmados, podían enviar al fondo del Atlántico una cantidad ingente de suministros y dejar al Reino Unido desabastecido y, de esta forma, contrarrestar el bloqueo que sufría la población alemana. A partir de ahí la guerra naval se transformó en una lucha entre la capacidad de hundir suministros y la capacidad de fabricarlos. De nada servirían los grandes ejércitos si no disponían de todo lo necesario. Si Alemania conseguía acabar con los abastecimientos británicos podía ganar la guerra, el escenario clave fue el océano Atlántico.

Pero la acción de los sumergibles planteaba un riesgo que a la postre demostró ser decisivo: el hundimiento de buques mercantes americanos podía forzar a los Estados Unidos a entrar en el conflicto. Esto quedó patente cuando un submarino alemán hundió el 7 de mayo de 1915 un trasatlántico norteamericano de pasajeros, el Lusitania. Murieron 1500 personas y generó una enorme protesta del gobierno norteamericano. Ante esto, Alemania tuvo que limitar la guerra submarina y reducir de esta forma su capacidad de doblegar a los británicos.

# Von Lettow

La Gran Guerra fue sobre todo una guerra europea. En el viejo continente estaban los principales teatros de operaciones y fueron los países europeos los que la sufrieron en mayor medida, tanto en vidas como en coste económico. No obstante, el apelativo *mundial* indica que el ámbito del conflicto superó el continente europeo. Esto es así por la participación de países como Estados Unidos o Japón; también por la amplitud de los imperios coloniales, en especial el británico, con posesiones como Canadá, Australia, Nueva Zelanda o la India. El principal papel de las colonias era aportar materias primas y combatientes. Esto supuso una ventaja para los aliados occidentales, por el tamaño de las posesiones y por la capacidad de la marina británica para mantener activa la línea de suministros. En el caso del Imperio alemán el reducido tamaño de sus territorios en ultramar forzó al mando a considerar irrelevante una táctica de guerra extra-europea. Dado el escaso aporte de las colonias germanas no tenía sentido dedicar esfuerzo a mantener activos los enfrentamientos en lugares alejados de la metrópoli. Los frentes que se abrieron en el Pacífico, Extremo Oriente o África tuvieron poca importancia y nula capacidad para modificar, en un sentido u otro, el resultado final.

En algunos escenarios los combates tuvieron más relación con problemas regionales que con el gran conflicto que se desarrollaba a miles de kilómetros de distancia. Es el caso de Japón, que buscaba aumentar su importancia como potencia en el Pacífico y Asia frente a norteamericanos y británicos. Entró en guerra para mejorar su posición en la región y no porque tuviera contenciosos no resueltos con Alemania. Japón tenía firmado un tratado de amistad con Inglaterra y como consecuencia declaró la guerra a Alemania el 23 de agosto de 1914, pretendía aumentar su zona de influencia y de forma inmediata se lanzó a atacar los territorios alemanes en el Pacífico. Los australianos temían la creciente importancia de Japón en la zona, por ese motivo también ellos iniciaron ofensivas contra las guarniciones alemanas que estaban a su alcance como medida preventiva a la expansión nipona. Los alemanes fueron presa fácil y capitularon debido a su aislamiento e inferioridad. Dentro de esas acciones destaca la ocupación de Nueva Guinea por parte de australianos y el ataque a las islas Marianas por japoneses y neozelandeses. Pero el principal objetivo que tenían Japón era China, debido a su tamaño y a su gran potencial económico, por ello atacaron la concesión alemana en Kiaochou. Ante esto el gobierno chino reclamó a Japón esos territorios. Como respuesta el gobierno japonés expuso un ultimátum a China formado por 21 peticiones que en la práctica suponía convertir a la China del norte en una zona administrada por sus vecinos. Cuando Japón logró sus objetivos se olvidó de la guerra. Su entrada había sido sólo oportunista, una forma de aumentar su territorio y aprovecharse de lo que sucedía en Europa.

África era un continente dominado por británicos y franceses. Los alemanes sólo poseían algunas colonias, como Togo, Camerún y Tanganica. Estaban aisladas entre sí y rodeadas por territorios dominados por sus enemigos. Su escasa importancia y la imposibilidad de enviar

suministros supuso que fueran abandonadas a su suerte. Al principio de la guerra la dotación de Togo capituló, los hombres destinados en Camerún lo harían en 1916. Pero en Tanganica todo iba a ser distinto, allí tendría lugar una epopeya protagonizada por un reducido grupo de hombres, comandados por el alemán von Lettow-Vorbeck.

La lucha en las trincheras en Europa tenía poco que ver con los ideales de aventura, honor y caballeridad que habían motivado a muchos jóvenes a alistarse. Los soldados habían aprendido que la guerra como experiencia romántica pertenecía a la historia o a la literatura. Dentro de todo el horror que se vivió en aquellos años hay una gesta que sí tuvo todos los ingredientes que se pueden pedir a un buen relato de aventuras. La campaña de Tanganica protagonizada por los alemanes fue tan increíble que, aún hoy, provoca asombro.

Antes de empezar la guerra von Lettow fue enviado a la colonia de Tanganica, la actual Tanzania, para hacerse cargo de una pequeña dotación apenas formada por 3000 hombres apoyados por algunos nativos. Tanganica es una zona semiárida en el valle del Rift situada a sur del lago Victoria, que a la postre demostró ser adecuada para la guerra de guerrillas. Cuando empezó el conflicto, y ante la imposibilidad de esperar refuerzos, recibieron la orden de mantenerse a la defensiva e intentar aguantar el asalto británico. Von Lettow, consciente de su situación de aislamiento, decidió desobedecer y diseñó su propia estrategia de combate. Iba a demostrar su genio militar y su capacidad de adaptación y liderazgo. Ante la inferioridad numérica decidió pasar a la ofensiva y derrotó a los británicos en Tanga, junto al Kilimanjaro, en noviembre de 1914. Consiguió la victoria pero a costa de un gran número de bajas. A diferencia de sus compañeros de Europa von Lettow tenía una gran capacidad de adaptación, sabía analizar los hechos y obtener conclusiones útiles para el futuro. Entendió que no podía seguir por el mismo camino. A pesar de haber vencido dedujo que no podía sufrir tantas bajas porque no tenía posibilidad de reponer ni hombres ni equipo. Sus enemigos eran muy numerosos y estaban bien avituallados. Decidió un cambio rotundo de estrategia. A partir de ese momento planteó una guerra de guerrillas con acciones aisladas y contundentes orientadas sobre todo al sabotaje, evitó cualquier enfrentamiento directo. Ante la ausencia de suministros optó por capturar los británicos. Los alemanes empezaron a desplazarse mucho, para ello aprovecharon su conocimiento del terreno. Sus acciones de sabotaje contra guarniciones británicas y líneas ferroviarias se realizaron en lugares alejados entre sí, no solo en Tanganica, sino también en Kenia y Rhodesia, el actual Zimbawe. Se convirtieron en una pesadilla para los británicos, que en marzo de 1916 recibieron 50.000 hombres de refuerzo, tropas bien equipadas que tendrían que enfrentarse con apenas 3000 alemanes desabastecidos. Von Lettow no varió su táctica y continuó con su hostigamiento mientras las tropas inglesas se dedicaban a una cacería inútil contra una dotación móvil y huidiza. A los ingleses no les sirvió de nada su superioridad y en 1917 sufrieron una gran derrota en la batalla de Mahiwa. Después de esto von Lettow llevó a sus hombres hasta Mozambique, allí atacó a la guarnición portuguesa y de nuevo se puso en marcha para evitar ser localizado, se llevó todo el material que pudo transportar. El suceso final que cerró tan extraordinaria campaña tuvo lugar cuando ya la guerra había terminado, Alemania había firmado el armisticio pero las noticias no habían llegado hasta África. En agosto de 1918 von Lettow venció a los británicos en la batalla de

Kasama. Con posterioridad a esta nueva victoria tuvo noticia del armisticio y entonces reunió a sus hombres para darles la noticia. Les dijo que había sido un orgullo combatir con ellos, que a pesar de la derrota de su patria ellos tenían que sentirse orgullosos. No habían sido derrotados nunca, a pesar de su inferioridad numérica y de la falta de equipo y munición. Habían vencido siempre a los ingleses, en todas y cada una de las ocasiones en los que se habían enfrentado a lo largo de cuatro años, incluso cuando la guerra ya había terminado.

# **Tercera parte**

## **Genocidio**

# Verdún

Al visitar la ciudad de París es frecuente realizar una excursión a la vecina localidad de Versalles para ver el palacio allí edificado. Si el viaje se realiza en el tren de cercanías cuando se llega se puede observar un memorial situado en la propia estación de ferrocarril. Se trata de un monumento dedicado a todos los vecinos de esa pequeña ciudad que han perecido en las diferentes guerras en las que Francia ha participado a lo largo del siglo xx, el turista puede fijarse en una lista grabada en piedra con el nombre de todos ellos. En las zonas dedicadas a las guerras de Indochina y Argelia sólo hay escritos unos pocos nombres. El área de la segunda guerra mundial, por el contrario, es enorme; pero lo que sorprende es comprobar cuántos jóvenes de Versalles perecieron en la primera guerra mundial. El espacio dedicado a ese conflicto supera con creces la suma de todos los demás y los hace parecer insignificantes. La diferencia es abrumadora y significativa, ya que ayuda a comprender la envergadura de lo sucedido a principios de siglo. Si bien los franceses perecieron en todos los frentes a lo largo de cuatro años el lugar que más vidas se cobró estuvo en los alrededores de una localidad de la región de Lorena, en el departamento del Mosa. Su nombre es Verdún. Allí tuvo lugar la batalla más larga y la segunda más sangrienta de la primera guerra mundial. Fue el principal matadero de jóvenes franceses.

En 1916 la guerra cambió hasta llegar a sus cotas máximas de muerte, horror y destrucción; fue el año de la guerra total. No había nadie que tuviera posibilidades reales de ganar, la victoria era una quimera. Para lograr imponerse los contendientes recurrieron a las mismas tácticas que se habían empleado en los años anteriores, es decir, la intensificación. Como se había fracasado se pensó que la solución estaba en aumentar la escala de los combates. Alemania optó por una acción de una envergadura jamás vista. Había que dedicar todo el esfuerzo posible, tanto en hombres como en material, a un único ataque. Todos los hombres, todas las armas y todos los recursos que se pudieran reunir se lanzarían contra las posiciones enemigas en una apuesta definitiva hacia el todo o nada, en una acción que superaba cualquier perspectiva histórica. Pretendían desangrar al ejército francés hasta un punto en el que se vieran obligados a buscar un armisticio, ya que la sociedad no soportaría pagar un precio tan alto. Si se fracasaba se acababan las opciones. Por eso el Káiser dijo que la guerra se decidiría en Verdún.

En el invierno de 1915 a 1916 el frente ruso estaba paralizado debido a las condiciones climatológicas. El frío hacía imposible los combates y esto dejaba disponibles un gran número de soldados que podían ser trasladados a Francia. En el mando alemán discrepaban sobre si debían realizar, o no, una gran ofensiva en occidente. Por un lado Hindenburg creía que había que olvidarse de Francia hasta que no se derrotara a Rusos y Serbios, planteaba como apropiada una táctica defensiva. Por el contrario Falkenhayn decidió utilizar el excedente de tropas de oriente en una acción definitiva que hiciera hincar la rodilla a los franceses. Se seleccionaría un único punto del frente y sobre él se lanzaría la mayor ofensiva de la historia. La táctica era criminal y arriesgada. Si tenían éxito sería a cambio de un gigantesco sacrificio en vidas propias, si

fracasaban podían quedar tan agotados que no tuvieran opción de continuar en la guerra. Se buscaba que los aliados, además de desgastarse, tuvieran que acudir en masa a parar el ataque y de esta forma limitar o eliminar su capacidad para actuar en el resto del frente.

Los aliados, por su parte, no se encontraban en buenas condiciones. Habían aguantado durante casi dos años pero temían que una derrota de los rusos desequilibrara la situación, si llegara a producirse era posible que un ataque alemán en occidente les obligara a capitular. Para cambiar sus opciones diseñaron su propia ofensiva brutal que tendría lugar en todos los frentes unos meses después, por lo tanto, estaban a la expectativa mientras mantenían sus posiciones.

El lugar seleccionado por los alemanes fue Verdún, una posición que siempre había dado acceso al centro del país. Estaba defendido por una serie de fortalezas que a lo largo de la historia habían sido bastiones de resistencia. La situación de los franceses no era buena, además de estar agotados por tanto combate su capacidad artillera estaba mermada, para empeorar todo muchos hombres habían sido desplazados a la Champagne. La situación de las comunicaciones entre los distintos fuertes era muy precaria, lo que generaba dificultades en la capacidad de maniobra. Antes de emprender la acción los alemanes trasladaron a la zona 150.000 soldados y 1200 piezas de artillería de gran calibre.

El 21 de febrero de 1916, a lo largo de un frente de 40 kilómetros, el v ejército alemán comenzó un ataque artillero en el que durante dos días se empleó todo su potencial. Los franceses fueron sorprendidos por la acción y tuvieron que protegerse en sus trincheras ante el infierno de fuego que les estaba cayendo encima. Tras la devastación producida por la artillería el v ejército se lanzó sobre las posiciones francesas y consiguieron sobrepasar algunas de ellas en una terrible lucha cuerpo a cuerpo, en la que fue general la utilización de lanzallamas y granadas de mano. Las comunicaciones francesas y las líneas de suministros quedaron cortadas. Los alemanes llegaron hasta un fuerte francés, el Douaumont, mientras las pérdidas en los dos bandos eran enormes. El primer ataque finalizó el 2 de marzo, el objetivo de los alemanes era que los aliados desplazaran una gran cantidad de tropas y de esta forma debilitar el resto del frente, pero los franco-británicos no cayeron en la trampa. Pétain recibió la orden de resistir en Verdún a toda costa, Francia tenía que aguantar. En las trincheras los soldados se prepararon para resistir a cualquier coste mientras el grito de *no pasarán* se escuchaba en todo el frente. Pétain organizó turnos de combate y consiguió mantener los suministros y los refuerzos mediante una carretera que mantuvo abierta con un gran esfuerzo en vidas. La *Vía Sagrada* fue un cordón umbilical que conservó vivas las opciones francesas de resistencia, los franceses mantuvieron sus posiciones y desde entonces el nombre de Verdún es un símbolo sobre la capacidad de resistir del ejército galo. La ofensiva principal había sido detenida, no obstante, los alemanes continuaron con su táctica de desgaste y se lanzaron sobre otras posiciones, lugares que también simbolizarían el valor galo. La Colina del Hombre Muerto, Fuerte Vaux y la Cota 304 fueron objetivos secundarios que sólo pretendían desangrar a los franceses. El número de muertos era ya excesivo en los dos lados. Cualquiera de los ejércitos podía derrumbarse ante un esfuerzo de una magnitud que ningún soldado había imaginado.

El último intento alemán por imponerse tuvo lugar el 22 de junio, ese día lanzaron a 50.000 de

sus hombres sobre las líneas francesas sin lograr doblegarlas. Verdún había sido un fracaso y allí Alemania no ganaría la guerra. Con la llegada del buen tiempo el frente ruso se reactivó y, además, los austriacos necesitaban refuerzos para detener a los italianos. La enorme masa de hombres que había en Verdún era necesaria en otros lugares, ante esto Falkenhayn decidió detener la ofensiva. El 24 de junio los alemanes pararon las acciones ofensivas. Aunque los combates en la zona duraron seis meses más Verdún había aguantado. Entre octubre y diciembre los franceses recuperaron las posiciones perdidas los meses anteriores. Como consecuencia del fracaso Hindernburg y Ludendorf asumieron el mando alemán.

Los franceses sufrieron 300.000 bajas y los alemanes 280.000. Aunque las pérdidas fueron mayores en el lado francés la batalla fue un fracaso para los alemanes, que habían sacrificado una ingente cantidad de hombres para no lograr ningún objetivo. Verdún era ya la batalla más sangrienta de la guerra, aunque su brutalidad sería superada en la cuenca del río Somme. El agotamiento en los combatientes era total. La sensación de inutilidad en el sacrificio de vidas había minado ya la moral de los hombres de ambos ejércitos, eran conscientes de que tarde o temprano todos iban a caer en las trincheras y que la guerra se tragaría a todos ellos.

# El Somme

El fracaso de la brutal ofensiva alemana en Verdún fue una lección que debió estudiarse por el mando aliado. Quedaba patente que sólo mediante la escalada de los ataques no se conseguía cambiar el equilibrio de fuerzas. Franceses y británicos podían haber obtenido conclusiones que hubieran ahorrado centenares de miles de vidas, pero como en tantas otras ocasiones no se realizó una interpretación correcta de lo que sucedía en las trincheras. En lugar de eso se persistió en el error y se continuó por el camino que llevaba al desastre. La estrategia de los aliados occidentales para 1916 era, en esencia, la misma que habían empleado los alemanes: la apuesta total, el ataque absoluto con todo lo disponible. La única diferencia en el plan aliado era que no se basaba, al menos de forma única, en un planteamiento de desgaste. Ingleses, franceses, rusos e italianos habían acordado en una conferencia previa en Chantilly, en diciembre de 1915, realizar un asalto conjunto en 1916. La táctica era similar a la empleada en Verdún, pero en lugar de un único ataque en un punto se realizarían ofensivas simultáneas en todos los frentes principales. Si rusos, italianos y franco-británicos atacaban de forma intensiva y coordinada se podía lograr romper alguna de las líneas. La acción conjunta impedía, además, que las fuerzas alemanas y austriacas pudieran acudir a reforzar los frentes más castigados como había sucedido en otras ocasiones, ya que estarían ocupados en sus propias zonas. Pero la coordinación de los aliados iba a ser complicada, las capacidades de los ejércitos eran muy diferentes. Ingleses y franceses tenían tropas bien abastecidas y equipadas. Ya hemos visto los problemas endémicos de las fuerzas rusas, como la escasa movilidad, el deficiente entrenamiento, la falta de artillería o la baja calidad de sus mandos. Por otra parte, el ejército italiano era débil y bastante tenía con aguantar a los austriacos en el Isonzo. Todo esto dificultaba una ofensiva conjunta y eficaz. Si alguno de los atacantes flaqueaba acabaría por dejar todo el esfuerzo en el resto de los frentes, la consecuencia de esta estrategia generó la mayor carnicería de todo el conflicto.

A franceses y británicos les fue asignada una ofensiva en la cuenca del Somme, un río del norte de Francia que desemboca en el Canal de la Mancha. Los británicos preferían un ataque en Flandes para añadir a los objetivos ya indicados la posibilidad de acceder a las bases de submarinos alemanes, que hostigaban a sus buques mercantes en el Atlántico. La elección final fue una zona de 40 kilómetros en el Somme, por ser un lugar en el que se unían las fuerzas francesas e inglesas. Pero como los galos estaban conteniendo a los alemanes en Verdún el mayor peso de la acción caería en manos de la fuerza expedicionaria británica al mando de Douglas Haig.

El avance fue precedido del mayor ataque artillero de la historia. Durante dos semanas las trincheras alemanas fueron barridas con la esperanza de que no quedara nada vivo cuando los aliados salieran de sus parapetos. Para complementar la devastación artillera se habían excavado 10 túneles que llegaban hasta las líneas germanas y se habían rellenado con explosivos, en algunos de ellos se llegó a las 20 toneladas métricas que tratarían de reventar las defensas enemigas. El uno de julio a las siete y media de la mañana 19 divisiones aliadas, la mayoría británicas, saltaron

de sus trincheras en dirección a las posiciones alemanas. A los soldados ingleses y franceses se les había dicho que las defensas enemigas estarían destruidas y que ese día podía cambiar el curso de la guerra. Todos ellos iban con una gran cantidad de equipo, que superaba los 20 kilos, y que dificultaría el avance. El ataque artillero y las minas en los túneles habían devastado las defensas alemanas, se había creado un paisaje en el que sólo se podían identificar cráteres y cuerpos destrozados. La primera impresión fue que no había un alemán vivo capaz de detenerles, se equivocaron. Aunque las bajas alemanas habían sido numerosas muchos soldados habían aguantado en sus posiciones fortificadas. Cien mil hombres trataron de conquistar las líneas enemigas en el mayor ataque realizado en un solo día. El uno de julio de 1916 las primeras oleadas aliadas fueron exterminadas. Aunque muchas ametralladoras habían sido destruidas las que quedaron fueron suficientes para barrer a los atacantes, que se movían de forma torpe entre los cráteres, las alambradas y los distintos obstáculos debido al pesado equipo que cargaban. El fracaso fue total. Para que las siguientes oleadas salieran de las trincheras fue necesario que los mandos empujaran a los hombres con sus bayonetas; todos eran conscientes de que no había esperanza, salir de la trinchera era dirigirse de forma segura a la muerte o la mutilación. En las contadas ocasiones en las que se alcanzaban las posiciones enemigas éstas no podían mantenerse ya que era imposible la llegada de refuerzos y lo que había costado tanto conseguir tenía que abandonarse. Sólo se consiguieron ocupar dos objetivos parciales en la parte francesa de la línea: Mametz y Montauban. El primer día de la ofensiva fue un fracaso absoluto para los aliados. Sólo durante el 1 de julio murieron 20.000 británicos y 35.000 fueron heridos, muchas unidades de la fuerza expedicionaria fueron exterminadas ese día. En el ejército británico había tradición de agrupar los soldados en batallones según el lugar de procedencia, de esta forma si en una localidad se alistaban varios jóvenes con relación entre ellos (familiares o amigos) todos servían en el mismo batallón. Hubo pequeñas ciudades británicas que perdieron a todos sus jóvenes el mismo día: hermanos, amigos y primos perecieron juntos en el Somme el uno de julio, la tragedia tuvo así un especial carácter macabro.

El objetivo aliado era romper la línea contraria y no sólo desangrar al enemigo. Ante el fracaso del avance, cuando se constató que la enorme preparación artillera no había conseguido despejar el camino para la infantería, el mando británico debía haberse replanteado sus opciones. En lugar de cambiar de táctica el general Haig persistió en su error y lanzó nuevas oleadas contra los alemanes, sólo logró aumentar el número de bajas. A pesar de la gran cantidad de medios que se habían concentrado para el asalto en el Somme los alemanes estaban bien asentados y comenzaron a fortalecer sus posiciones ya a partir del dos de julio. Iba a ser imposible expulsarlos de sus trincheras.

La batalla del Somme se transformó en una lucha de desgaste en la que se iba a pelear por pequeños objetivos con gran coste en vidas sin un plan claro de acción, sólo por no reconocer el fracaso de los planteamientos iniciales se persistió en la carnicería. Lugares como Bazentin, Pozières o la Granja Mouquet protagonizaron batallas localizadas muy sangrientas y sin una finalidad clara.

El 15 de septiembre los británicos realizaron un último intento para sobrepasar a sus enemigos

en Flers-Courcelette. Allí los alemanes observaron asustados como un nuevo vehículo se dirigía a sus posiciones. Se trataba del primer tanque que entró en acción en la historia, el Mark-I. Con la imposibilidad de romper las líneas defensivas los ejércitos habían pensado en utilizar vehículos blindados que realizaran una función similar a los buques acorazados en el mar. La nueva arma podía avanzar sin ser abatida y proteger a la infantería tras ella. Contaba con ametralladoras y pequeños cañones que le permitían batir la zona sobre la que progresaba. En la primera acción en Flers-Courcelette participaron 13 carros de combate Mark-I. De forma inicial generaron el terror entre los alemanes, que huían despavoridos ante algo contra lo que no sabían luchar. Pero el papel de estos vehículos fue anecdótico. En primer lugar, un número tan reducido no podía cambiar la situación en un frente tan amplio. Además, se trataba de unidades experimentales que sufrían frecuentes averías, una vez detenido por un problema técnico un tanque podía ser destruido mediante el fuego de la artillería. Pero el principal problema fue que el mando no sabía como utilizarlos. Los carros de combate son eficaces si se lanzan de forma concentrada sobre un único punto, de esta forma se abre una brecha en las líneas contrarias que puede ser utilizada por la infantería. En lugar de actuar así los británicos utilizaron sus carros de forma aislada, así eran más vulnerables y menos eficaces. En cualquier caso no existían una doctrina militar sobre su uso, de hecho la nueva técnica de combate fue desarrollada en la posguerra y puesta a prueba por primera vez de forma eficaz en la siguiente guerra. Si los aliados hubieran esperado a tener un mayor número de unidades y las hubieran lanzado de forma conjunta el resultado de la batalla del Somme podría haber sido distinto.

Los tanques no cambiaron la situación y en septiembre el estancamiento en el frente persistía. El mando alemán decidió cambiar de táctica por una opción más conservadora y defensiva. Hindenburg y Luddendorf ordenaron la retirada a una línea de contención mejor fortificada, la posición Sigfrido, que los aliados denominaron línea Hindenburg. La batalla de desgaste continuó hasta octubre, cuando el agotamiento llegó a su punto máximo y se detuvieron los ataques.

La batalla del Somme se había convertido en la más sangrienta de la guerra y de la historia. Los alemanes perdieron medio millón de hombres, los británicos 420.000 y los franceses 200.000, más de un millón en total. Tras Verdún y el Somme los dos contendientes estaban desangrados y agotados, sin posibilidad de reacción y abrumados por el número de bajas. El tremendo esfuerzo había sido inútil, la línea del frente apenas se había movido. El gasto económico y humano era ya insoportable para las sociedades y no era descartable que pudieran quebrarse. Sin duda, la Gran Guerra había llegado a un punto límite, a una situación de no retorno. Con los estados mayores sin ideas lo que sucediera a partir de ese momento era imprevisible. ¿Quién aguantaría más antes de llegar al colapso?

# Jutlandia

Durante todo el siglo XIX los mares fueron territorio británico. La armada inglesa, La Royal Navy, era superior a cualquier otra y permitía garantizar el control total de las rutas marítimas. Al principio a vela, y más tarde con motores de vapor, los barcos ingleses llegaban hasta Australia, Canadá, África o el Pacífico. Esa abrumadora superioridad no sólo les facilitó las comunicaciones con sus territorios de ultramar sino que potenció la exploración, la investigación científica, el acceso a nuevos territorios y el progreso económico. El viaje de Darwin en el Beagle, la exploración de los polos o de África no hubieran sido posibles sin la todopoderosa Royal Navy. La gloria de la época victoriana estaba asentada en la armada que legó el almirante Nelson. Él venció a franceses y españoles en la batalla de Trafalgar cuando comenzaba el siglo XIX. Trafalgar fue un combate de superficie en el que se enfrentaron las flotas de los contendientes al completo. Nelson perdió la vida pero su escuadra destruyó las marinas francesa y española, la victoria entregó a los británicos la supremacía naval durante más de cien años.

Una armada es más eficaz en un combate cuando actúa agrupada con la totalidad de sus efectivos. Si los enemigos hacen lo mismo se produce entonces la gran batalla en la que la victoria o derrota son definitivas. Hay varios ejemplos de este tipo de combates navales: en Salamina los griegos acabaron con la armada persa y en Lepanto las galeras españolas y venecianas derrotaron a los turcos. Salamina, Lepanto, Trafalgar y ahora Jutlandia.

Hasta 1916 no se había producido una batalla naval de magnitud. A pesar de la dureza de los combates en las Malvinas o Dogger-Bank estos encuentros no fueron más que escaramuzas en las que se vieron implicados un número reducido de buques. La estrategia marina seguida por alemanes y británicos fue diferente. Por una parte, los ingleses sabían de su superioridad en la flota de superficie y la utilizaban para bloquear las costas enemigas. Alemania, al menos hasta 1916, prefirió tener protegida en sus bases a su escuadra convencional por temor a la Royal Navy mientras lanzaba a sus submarinos a intentar impedir la llegada de suministros a las islas británicas; no necesitaban sus buques de superficie tanto como los ingleses, ya que la práctica ausencia de colonias les permitía reservar sus barcos. En cierta medida ambos contendientes estaban siendo eficaces. Las costas alemanas estaban bloqueadas y los buques mercantes que se dirigían a Gran Bretaña eran con frecuencia enviados al fondo del Atlántico.

Pero los alemanes tenían un problema con la neutralidad de los norteamericanos. Numerosos mercantes con la bandera de los Estados Unidos transportaban suministros a las islas británicas. Un bloqueo submarino no podía ser eficaz sin atacar a dichos buques. En ese sentido el gobierno alemán envió una nota al gobierno americano en el que le informaba que el Reich estaba dispuesto a observar las normas internacionales referentes a combates navales en el caso de que Gran Bretaña se atuviera a las mismas disposiciones. Es decir, buscaba que los buques de abastecimiento fueran considerados objetivos legítimos y que éstos debían navegar con bandera británica. Atacar barcos estadounidenses podía provocar su entrada en la guerra, algo muy temido

por los alemanes ya que su potencial económico casi garantizaba la victoria de los aliados occidentales.

La armada del Káiser necesitaba cambiar el equilibrio de fuerzas sobre el mar antes de lanzarse a una guerra submarina total y elaboraron un plan para intentar mermar la superioridad británica. Sabían que eran inferiores por lo que diseñaron una trampa en la que pudiera caer parte de la Royal Navy y reducir de esa forma su capacidad de actuación. En mayo de 1916 enviaron 16 submarinos al mar del Norte para realizar un simulacro de ataque a la flota con base en Scapa Flow, se pretendía atraer a la flota del vicealmirante Beatty a un lugar en el que le esperaba el almirante Scheer con la totalidad de la armada alemana. El plan era sencillo y podía haber sido eficaz. Ante el ataque submarino la flota disponible iría tras ellos y se encontrarían con todo el potencial alemán que les derrotaría antes de que la escuadra británica pudiera reunirse.

El 30 de mayo de 1916 una flota comandada por Beatty zarpó en busca de los submarinos alemanes, estaba formada por 50 buques entre ellos cuatro acorazados y seis cruceros. Se dirigieron al oeste de la península de Jutlandia, entre Noruega y Dinamarca. Pero lo que no esperaban los alemanes era la imponente agrupación que seguiría a la fuerza de Beatty. El almirantazgo había detectado la trampa al interceptar una comunicación y tras Beatty enviaron una extraordinaria fuerza a cargo del almirante Jellicoe, cuyo núcleo estaba formado nada más y nada menos que por 24 acorazados. La fuerza alemana que les esperaba estaba dividida en dos grupos; a la vanguardia iba Hipper con 42 buques, que tenía como misión atraer a los ingleses hacia la fuerza principal de Scheer con 67 barcos. Los ingleses eran superiores en número, aparte de los buques ligeros la potencia de fuego estaba determinada por los acorazados y los cruceros, y en este tipo de embarcación el desequilibrio era claro: 28 acorazados frente a 16 y nueve cruceros contra cinco.

El combate se inició el 31 de mayo al encontrarse dos cruceros de reconocimiento. Cuando la avanzada inglesa detectó a la fuerza de Scheer todo empezó a ir bien para los alemanes y Beatty tuvo que retirarse para esperar la llegada de Jellicoe. Cuando éste llegó todo cambió de forma radical, la gran superioridad británica hizo a Scheer pensar que podía perder toda la flota, para evitar que sus buques se fueran a pique decidió una retirada a sus bases. Para conseguirlo tuvo que realizar una arriesgada operación para cruzar las líneas enemigas por la noche, era la única forma de llegar a sus puertos en el Báltico; lo logró y evitó el desastre.

Desde un punto de vista táctico se puede considerar que la batalla fue vencida por los alemanes, tuvieron menos pérdidas que los británicos, 14 buques frente a 11. Pero la realidad fue otra. El objetivo de la trampa en Jutlandia era reducir la capacidad de la Royal Navy para dominar el mar y esto no se consiguió, ya que la flota del Káiser tuvo que retirarse para evitar ser destruida. Tras la batalla la armada alemana se quedó en sus bases y por lo tanto el dominio británico estaba asegurado. A Alemania sólo le quedaba la lucha submarina como opción.

# La ofensiva Brusilov

La situación en el frente ruso al comenzar 1916 era diferente a lo que sucedía en Francia, el enorme tamaño de la línea de combate facilitaba una mayor movilidad en las posiciones. Además, las tropas rusas se encontraban en unas condiciones penosas en todos los aspectos, tanto en lo referente a su equipamiento, entrenamiento, moral de combate y condiciones de vida. Desde que comenzó la guerra los rusos se habían dedicado a contener los avances enemigos y no era descartable el desmoronamiento de sus líneas. En una gran parte tenían frente a ellos a tropas austro-húngaras, que eran de una calidad muy inferior a las alemanas. Esta situación hacía que en oriente las líneas de trincheras estuvieran menos estancadas. Ni rusos ni austro-húngaros eran equiparables a los alemanes, británicos o franceses. Con fuerzas más vulnerables era posible que necesitaran ayuda de sus aliados para no sucumbir. Pero con los alemanes atascados en Verdún el envío de refuerzos al este se complicaba ya que se necesitaba la mayor potencia de fuego posible en las trincheras de Francia.

Cuando se acordó en Chantilly la ofensiva conjunta de la Entente para 1916 no se consideró que la capacidad de los zaristas para tomar la iniciativa era limitada, un ataque total podía tener los efectos contrarios a los buscados. Se iba a pedir a las tropas rusas un esfuerzo que era difícil de soportar y que podía suponer su colapso y, por tanto, la derrota. Pero los planes de ataque se diseñaban teniendo en cuenta el volumen de tropas y no la calidad o el equipo de las mismas. Sobre el papel el tamaño del ejército ruso parecía imbatible, pero la realidad era otra. A pesar de todo las unidades habían sido reforzadas para el gran ataque que tenían previsto y que debía tener una envergadura similar a la anglo-francesa en el Somme. Pero las distintas ofensivas no estuvieron bien coordinadas, el ataque ruso tendría lugar en mayo y los británicos no pudieron actuar hasta julio, ya que Verdún era una sangría para los franceses, y fue necesario retrasar el ataque en el Somme. La descoordinación iba a facilitar el trabajo a los alemanes. Pero los rusos consiguieron el éxito en su gran operación. Los logros se debieron, sin duda, a uno de los pocos generales rusos capacitados para entender y dirigir la guerra contemporánea. El 22 de mayo cuatro cuerpos de ejército dirigidos por Brusilov se lanzaron al ataque en torno a la ciudad polaca de Luck, en un frente gigantesco de 150 kilómetros defendido sólo por austriacos. Los imperiales sucumbieron al empuje y mientras eran masacrados emprendieron una caótica retirada de más de 100 kilómetros, abandonaron sus pertrechos y se rindieron en masa. Los austro-húngaros no tenían la capacidad de franceses o alemanes para aguantar las embestidas agazapados en las trincheras.

El éxito inicial de Brusilov hizo que aumentara el número de contendientes, un nuevo estado se iba a incorporar a la guerra con dos años de retraso. Rumanía tenía ansias territoriales en algunas zonas dominadas por los Habsburgo en la que vivían minorías rumanas. Interpretaron la retirada austriaca como una derrota inminente y decidieron obtener beneficios en el reparto. Sorprende que tras dos años de guerra y, vistos los horrores y el enorme coste que provocaba el conflicto, abandonaran la neutralidad para incorporarse a una aventura en la que ni los más

optimistas veían un final rápido. Pero fue así, el nacionalismo se impuso al sentido común y Rumanía declaró la guerra a los Imperios Centrales el 27 de agosto de 1916. Un nuevo frente en Transilvania se incorporó a un escenario ya de por sí complicado.

Como en otras ocasiones las tropas alemanas acudieron a socorrer a los austriacos. Hindenburg desplazó desde Francia al VIII ejército alemán para detener a los rusos, este traslado redujo la presión sobre los franceses en Verdún pero consiguió su objetivo. Alemania no podía permitir que sucumbiera su aliado. El VIII ejército sufrió un gran castigo a manos de los hombres de Brusilov pero logró parar la embestida y detener a los rusos en los Cárpatos. La situación en el nuevo frente cambió de forma inmediata. Los austro-húngaros, con el apoyo alemán, búlgaro y turco derrotaron a Rumanía. El sueño de ampliar su territorio se desvaneció mientras las tropas austriacas y alemanas desfilaban en las calles de Bucarest, que fue conquistada el 29 de noviembre. Rumanía había combatido tres meses y ya sólo dominaba parte de Moldavia.

La fuerza del empuje ruso se debilitó, a pesar del talento de Brusilov no se continuó con la progresión. Las líneas de suministros se habían prolongado en exceso y la poca calidad del ejército ruso facilitó la labor de los Imperios Centrales. El gran tamaño del frente suponía una enorme cantidad de pérdidas. La moral de las tropas estaba al mínimo y en la retaguardia la guerra se rechazaba de forma rotunda, la sociedad rusa estaba a punto de desintegrarse.

Al terminar 1916 el frente ruso era favorable a los Imperios Centrales, habían conseguido contener a los rusos y derrotar a los rumanos. Pero la aparente superioridad escondía un gran problema: la línea del frente iba desde el Báltico hasta el mar Negro y los aliados de los alemanes que defendían una zona tan amplia habían demostrado que no tenían la capacidad de combate necesaria. Turcos y búlgaros eran sin duda los aliados más débiles. Mantener un frente tan grande podía ser fatal, siempre que la Entente realizara una ofensiva sería necesario enviar fuerzas alemanas desde otros lugares para taponar las brechas. Por otra parte, los turcos estaban en una situación difícil para mantener su propio territorio. Los británicos intentarían aprovecharse y favorecer todos los movimientos nacionalistas árabes con el objetivo de desintegrar el Imperio Otomano.

# La parte más frágil

La hecatombe de 1916, tanto en el frente occidental como en el oriental, desangró y extenuó a todos los ejércitos. No obstante, a pesar del enorme esfuerzo las líneas aguantaban y después de tanto sacrificio poco había cambiado, excepto el incontable número de cadáveres que ahora cubrían los campos de Francia y del Imperio ruso. Todos habían aguantado, en mayor o menor medida, el sacrificio que se les había impuesto. Pero cada bando tenía un aliado más frágil, un compañero de lucha que podía ceder antes que los demás.

El flanco más débil de los Imperios Centrales era su aliado otomano, que se deshacía fruto de las presiones internas y del acoso ruso y británico. Por su parte, la Entente veía con preocupación a Italia, que se había introducido en la guerra con retraso y que no había aportado nada, a excepción de un nuevo frente que era necesario taponar. Los italianos se habían atascado en el río Isonzo, un lugar que fue escenario de diferentes batallas y que acabó más inmóvil que la línea de trincheras occidentales. El frente italiano fue sólo una gran zona de desgaste donde, sin movimiento de líneas, los italianos y austro-húngaros se exterminaban de forma mutua sin lograr ningún progreso. Cada minúsculo avance se pagaba en decenas de miles de vidas en una situación enloquecida.

A los italianos se les había asignado su ofensiva en la conferencia de Chantilly. Tendrían que atacar de forma intensiva para disminuir la capacidad de resistencia y de maniobra de los austriacos ante las acciones de británicos y rusos de ese mismo año. Pero el ataque italiano no había comenzado. Lo planeado por los altos mandos en la conferencia internacional tenía poco que ver con la situación sobre el terreno. Para Italia era difícil avanzar, en los Alpes su capacidad era demasiado limitada. Por añadidura, la iniciativa iba a estar en manos austriacas, que planearon una acción en el Trentino contra las tropas italianas. El ataque tuvo que ser retrasado hasta mayo debido al mal tiempo reinante en los Alpes que impedía cualquier operación militar. El 15 de mayo, cuando el clima mejoró, 18 divisiones austro-húngaras atacaron las posiciones italianas mientras rompían su capacidad de resistencia y obligaban a los italianos a retirarse. El aliado de la Entente, que tenía que haber atacado a los austriacos, en lugar de hacerlo se batía en retirada. Italia se salvó de sufrir la misma suerte que Rumanía gracias a la ofensiva del general Brusilov en el frente ruso. Para evitar la derrota ante los zaristas los austriacos tuvieron que detener su ataque en los Alpes y enviar todas las fuerzas disponibles al otro escenario, este hecho alivió a los italianos que, de esta forma, evitaron el desastre absoluto ya que eran incapaces de plantar cara a sus atacantes. Cuando la presión de los austriacos se redujo el mando italiano decidió realizar la ofensiva tenían pendiente. De esta forma, con pocas ganas y menos capacidades, se lanzó un ataque en el Isonzo que sólo duró 12 días; ya que los asaltantes no tenían ninguna posibilidad de presionar con fuerza a los austriacos, que eran menores en número, pero lograron detener a los italianos, cedieron sólo algunas posiciones en la zona de Gorizia. Tras el ataque el frente se estabilizó de nuevo y dejó en evidencia que Italia era el aliado menos poderoso de los franco-

británicos y que se podía esperar poco de su aportación a la lucha.

La debilidad otomana era distinta. A pesar de su gran tamaño el imperio sufría problemas disgregadores desde el siglo anterior; habían perdido ya muchos territorios, algunos de ellos formaron nuevos estados. Además de la poca calidad de su ejército compartían amplias fronteras con rusos e ingleses, lo que les hacía vulnerables ante la apertura de nuevos escenarios de combate. Los aliados occidentales ya se habían repartido el Imperio otomano antes de derrotarles. Concedores de su fragilidad daban por descontada su capitulación y en los acuerdos de Sykes-Picot acordaron la distribución del botín en diferentes zonas de influencia: los franceses se quedarían con Siria, Líbano y el norte de Mesopotamia; a los británicos les tocaba el actual Irak, Palestina y Transjordania; a los rusos les fue asignado los Dardanelos, Armenia y parte de Tracia.

Los rusos veían que tenían más posibilidades en el frente turco que contra alemanes y austriacos, por ese motivo se dirigieron hacia la Armenia otomana a través de los Cárpatos. Conquistaron sin demasiados problemas Trabzon y Erzerum, pero la victoria no se produjo porque un acontecimiento inesperado para todos iba a dejar a Rusia fuera de la guerra y a cambiar el mundo durante más de setenta años.

El camino hacia Bagdad de las tropas anglosajonas que se inició en 1915 acabó en desastre y después de una marcha penosa por el desierto se vieron obligados a capitular. Los turcos seguían intentando imponerse, atacaron sin éxito el canal de Suez en el verano de 1916 para controlar el tráfico marítimo. La respuesta británica fue eficaz y, además de mantener el control del canal, consiguieron asentar sus posiciones, lo que les facilitó llegar a Palestina antes del fin de año.

# **Cuarta parte**

## **La última ofensiva**

# La línea Hindenburg

Las grandes batallas de 1916 habían marcado un punto de inflexión: en las trincheras de Verdún y el Somme habían caído más de 1.700.000 hombres, en menos de un año casi dos millones de soldados sólo en Francia. Al tamaño de la carnicería había que añadir la inutilidad de la misma. La situación de las líneas del frente era, en esencia, la misma que antes de comenzar con las ofensivas. ¿Y ahora qué? ¿Cuál era el camino a tomar? Los gobiernos eran conscientes de que no podían continuar por esa vía, el sacrificio que se había pedido a la población era excesivo y la popularidad de la guerra se había esfumado hacía mucho tiempo. Todos querían terminar de forma inmediata pero nadie tenía una idea sobre cómo lograrlo. Era obvio que no se podían repetir las mismas tácticas, entre otras cosas porque no habría carne de cañón suficiente. Pero los altos mandos pensaban en los mismos parámetros, mientras sus sociedades empezaban a derrumbarse ellos veían la guerra con los viejos esquemas que habían demostrado ser tan inútiles como criminales. Pensaban en términos de ofensivas, atrincheramientos, número de tropas o logística. Dos acontecimientos iban a cambiar la situación de forma brusca: la revolución en Rusia y la entrada de los norteamericanos en el conflicto. Pero mientras esto sucedía la lucha continuaba y los estrategas diseñaban operaciones que iban a mantener viva la sangría. Para ello los aliados celebraron una nueva conferencia en Chantilly en noviembre de 1916, no se podía esperar nada nuevo; se acordó aumentar la presión sobre alemanes y austriacos, ya hemos visto que en el lenguaje militar eso suponía decidir el sacrificio de decenas o centenares de miles de hombres. Como los rusos y los italianos no estaban listos para pasar al ataque se iba a pedir, de nuevo, que el esfuerzo cayera en manos de franceses y británicos. Nivelle decidió repetir el mismo error de siempre: una ofensiva concentrada en un punto del frente.

Los alemanes fueron más prudentes, tras lo sucedido en 1916 pensaron que estaban cerca del límite y que iba a ser difícil aguantar otra ofensiva del tamaño de la acontecida en el Somme. Como esperaban un ataque en 1917 decidieron poner en práctica una táctica defensiva. Hindenburg ordenó una retirada parcial hacia posiciones más fáciles de proteger y construir un potente sistema defensivo que permitiera a sus hombres incrustarse en el terreno y aguantar cualquier tipo de ataque. Por ello se construyó un sistema de fortificaciones a lo largo de una línea de 160 kilómetros entre Lens y el río Aisne. Se trató de una obra gigantesca realizada por civiles alemanes y prisioneros de guerra, sobre todo rusos. La conocida como línea Hindenburg por los aliados y posición Sigfrido por los alemanes formaba una cadena de líneas de trincheras profundas y reforzadas de forma robusta, toda la zona estaba protegida por búnkeres y fortificaciones para ametralladoras. A toda la estructura se le añadieron puestos de mando, túneles de comunicación y zonas de residencia para las tropas. La experiencia había demostrado que las unidades bien atrincheradas podían aguantar casi cualquier ofensiva, con las nuevas construcciones las tropas alemanas podían ser imbatibles, expulsarles de sus posiciones sería imposible para los franco-británicos.

Las nuevas defensas demostraron su eficacia cuando tuvieron que aguantar el primer ataque. En abril de 1917 los ingleses lanzaron varias ofensivas de diversión que pretendían ocultar el asalto principal a cargo de los franceses, que tuvo lugar entre el Oise y Reims. Los alemanes se retiraron a su segunda línea de trincheras y, desde allí, bien protegidos por la nueva infraestructura, masacraron a los asaltantes. La línea Hindenburg había funcionado.

Los franceses cayeron en las trincheras como tantas veces antes. Pero después de lo sucedido en 1916 ya nada era igual. Las tropas habían llegado al límite y su capacidad de resistencia y sacrificio se había agotado. Los hombres eran conscientes de que cuando les ordenaban atacar les enviaban a una muerte segura, la defensa de Francia les parecía una quimera, una excusa para su exterminio. Empezaron a producirse motines a lo largo de todo el frente, soldados que se negaban a combatir. El descontento se extendió y las revueltas se generalizaron con el apoyo de la población civil de la retaguardia. El mando francés empezó a temer que el frente se derrumbara debido a la rebelión de sus hombres. La situación era crítica y Francia podía perder la guerra si sus soldados se negaban a combatir. El gobierno dimitió y se formó uno nuevo dirigido por Clemenceau, para detener el caos el nuevo primer ministro optó por la represión. Los franceses tenían un nuevo problema que añadir a los alemanes, sus propios mandos. La desobediencia era castigada con pena de muerte. Dentro de la línea de dureza y castigo se dictaron 554 sentencias de muerte contra hombres que se negaban a luchar, aunque sólo se ejecutaron 49. Todo esto muestra una imagen clara de cuál era la situación en el frente. Como se temía el colapso, a la táctica de castigo contra las tropas se le añadió una opción conservadora en el campo de batalla. Nivelle fue sustituido por Petáin y se decidió parar las ofensivas y optar por el atrincheramiento y la defensa. Francia no aguantaba más.

La situación de las tropas británicas no era tan crítica pero los problemas eran los mismos, el hartazgo llegaba a todas partes. Tras una ofensiva en Flandes con las consecuencias de siempre: fracaso a la hora de conseguir objetivos y sacrificio de vidas a cambio de nada; se empezaron a producir protestas en Inglaterra. La población estaba harta y el deseo de terminar la guerra como fuera se extendía por todos los ámbitos sociales. El gobierno temía una revuelta como la francesa. Por lo tanto, los británicos, al igual que franceses y alemanes, optaron por parar los ataques y ponerse a la defensiva.

La consecuencia fue que en 1917 el frente en Francia estaba paralizado, sin nadie dispuesto a asumir el coste de tomar la iniciativa. Todos estaban a la defensiva y nadie sabía qué hacer. La parálisis, y los mandos que no eran capaces de adaptarse a las nuevas situaciones, hizo que nadie se diera cuenta del valor de un acontecimiento que hubiera mostrado a un observador atento cuál era el camino para romper, de una vez por todas, las líneas enemigas. El 20 de noviembre 476 carros de combate apoyados por infantería atacaron un frente de 13 kilómetros en Cambrai. Se lanzó a los vehículos de forma simultánea y sin preparación de artillería. En apenas unas horas penetraron 10 kilómetros en territorio enemigo y las líneas alemanas se derrumbaron, los soldados huían desconcertados ante una acción que no podían detener. El ataque no pudo consolidarse por la falta de suministros y combustible para los carros y, sobre todo, porque el mando había considerado la ofensiva como una operación menor. Nadie vio la capacidad de los tanques para

solucionar los problemas de bloqueo en las posiciones. Pero iba a suceder algo que sí cambiaría todo, se iba a producir un episodio que cambiaría la guerra y haría al mundo tambalearse: la población rusa había llegado al límite de su capacidad.

# La revolución

Si bien el hartazgo por la guerra era generalizado sería en Rusia donde la situación llegó a un punto límite. La explosión social que se iba a producir no estaba relacionada de la forma exclusiva con el conflicto, aunque, sin duda, sería uno de los motivos principales que desencadenarían la revolución. Durante 1917 todo el frente oriental estaría marcado por los acontecimientos revolucionarios, que serían determinantes para la firma de un armisticio entre Rusia y los Imperios Centrales. Rusia abandonaría la lucha no por ser derrotada en el campo de batalla, sino porque su población dijo basta.

Al igual que había sucedido en Francia las grandes batallas de 1916 habían conseguido agotar a todos los combatientes. En el caso de los rusos la situación era, aún peor, que la de sus compañeros franceses o británicos. A la dureza de la batalla y al número de bajas había que añadir las pésimas condiciones de vida de las tropas, que sufrían hambre, frío, desabastecimiento y un régimen militar de una dureza extraordinaria. La población veía como sus hijos eran masacrados mientras que en la retaguardia las condiciones de vida eran penosas. Además, las diferencias sociales en el régimen zarista eran superiores a las de cualquier otro estado europeo. Se mantenían las viejas estructuras que en el resto del continente habían desaparecido desde la Revolución francesa. En Rusia existía aún la servidumbre, un sistema de semi-esclavitud por el cual los campesinos eran casi propiedad de los terratenientes. Los salarios de los obreros apenas llegaban para garantizar su subsistencia. A todo esto se le unía la forma de vida opulenta y obscena de una aristocracia que era la base de un régimen absolutista, alejado de la realidad de la sociedad que tenía por debajo, un alejamiento que iba a generar su destrucción.

La situación económica previa al conflicto no era buena. Al añadir el esfuerzo gigantesco que fue necesario para mantenerse en la lucha el panorama empeoró. El desabastecimiento y la carestía de la vida estaba generalizado. Se llegó al límite en el invierno de 1916 a 1917: una subida en el precio de los alimentos provocó el estallido. En Petrogrado, la actual San Petersburgo, se desencadenó una huelga general que acabó en revolución cuando los soldados de varios cuerpos de ejército se unieron al descontento revolucionario. Los obreros y soldados crearon asambleas revolucionarias, los soviets. Tras los acontecimientos el gobierno dimitió y se formó uno provisional dirigido por el príncipe Lvov para intentar controlar la situación. El zar Nicolás II abdicó. En estos primeros momentos el nuevo gobierno pretendía crear en Rusia una democracia liberal similar a las existentes en los países del occidente de Europa. Pero este proyecto fracasaría por dos motivos: el nuevo gobierno quería continuar en la guerra, algo que era impopular y que había sido uno de los motivos que desencadenó la huelga; por otra parte tuvieron que disputarse el poder con los soviets, y éstos no estaban dispuestos. La consecuencia fue que el nuevo gobierno duró poco.

Cuando los alemanes fueron conscientes de la situación vieron una oportunidad para desestabilizar a su enemigo oriental. Si Rusia se deshacía podrían forzar un armisticio. Si se

acababa con el frente oriental todo el esfuerzo se dedicaría a la lucha contra franceses y británicos. El 16 de abril de 1917 Lenin regresó a Rusia desde Suiza con el apoyo de la cancillería alemana. Al día siguiente de su llegada expuso las conocidas como *Tesis de abril*, que pedían una revolución socialista en la que todo el poder estuviera en mano de los soviets, la nacionalización de la banca y la abolición de la propiedad privada. Mientras, el gobierno de Lvov hacía efectivo su deseo de mantenerse en la guerra y lanzó la que iba a ser la última ofensiva del ejército ruso. Las tropas iniciaron un ataque en Galitzia, como en otras ocasiones fue un fracaso. Entre el 16 de abril y el 17 de julio se desencadenó un golpe de estado bolchevique con la intención de conseguir todo el poder. Gracias a la actuación represiva del ejército zarista el golpe fracasó. Lenin tuvo que huir hacia Finlandia y se formó un nuevo gobierno provisional dirigido por Kerenski, que fue nombrado primer ministro el 9 de agosto. Kerenski mantuvo al zar y a su familia bajo arresto en su palacio.

En septiembre se produjo un nuevo golpe de estado liderado por el general Kornilov. Tras esto se fundó el Politburó del partido bolchevique, del que formaban parte Lenin, Trotsky, Stalin, Zinoviev y Kamenev. El objetivo era constituir un centro de poder revolucionario.

Los Imperios Centrales sabían que lo que acontecía podía debilitar la capacidad de resistencia de las tropas rusas. Tenían una oportunidad para pasar a la ofensiva y obtener progresos territoriales importantes. Pero la actividad en Francia no les permitió tomar la iniciativa hasta el otoño. Cuando se lanzaron al ataque apenas encontraron dificultades ya que el ejército zarista se desmoronaba, las unidades abandonaban la batalla sin apenas combatir y las tropas alemanas y austriacas avanzaban; conquistaron Galitzia y la Bukovina, pero dentro de Rusia avanzaron poco. Los hombres estaban agotados y no tenían la gran capacidad ofensiva de 1914, que hubiera sido necesaria para progresar más en un frente tan amplio.

A partir del 6 de noviembre se desencadenó una nueva revolución dirigida por los bolcheviques. El gobierno de Kerenski iba a caer por su empeño en continuar la guerra, por su oposición al reparto de tierras y por aplazar las elecciones para formar una asamblea constituyente. El gobierno fue detenido y Kerenski tuvo que huir. Las propuestas pacifistas de los bolcheviques habían calado en un pueblo harto de la guerra. El 8 de noviembre se inició el segundo congreso panruso de los soviets, se creó el Consejo de los Comisarios del Pueblo con funciones de gobierno. Una de sus primeras acciones fue declarar el cese de hostilidades y exigir una paz inmediata sin cesiones ni reparaciones. También ordenó la expropiación sin indemnización de las posesiones de los grandes terratenientes, en total 150 millones de hectáreas. La familia Romanov fue detenida, sería ejecutada el verano siguiente.

El 15 de noviembre se declaró el derecho libre de autodeterminación de todos los pueblos de Rusia y se convocaron elecciones para elegir a la asamblea constituyente. Tras las votaciones el partido bolchevique sólo obtuvo nueve millones de votos sobre 36. En diciembre Trotsky fue enviado como representante soviético en la conferencia de paz de Brest-Litvosk, Trotsky declaró finalizada la guerra entre los Imperios Centrales y el nuevo estado soviético. Los alemanes, conocedores del deseo ruso por acabar la guerra, plantearon unas condiciones que no eran aceptables para Trotsky. Los bolcheviques consideraba que la revolución mundial obrera era

inminente y que los acuerdos serían provisionales. Un nuevo estado socialista incluiría a todas las naciones europeas y por tanto no tendría fronteras. Ante estas expectativas declararon suspendidas las negociaciones. Los franceses y británicos iban a perder a su poderoso aliado, sin Rusia no sabían cómo podría evolucionar la guerra. La enorme masa de tropas que combatía en oriente estaría disponible para trasladarse a Francia, el desequilibrio podría ser fatal.

La asamblea constituyente fruto de las recientes elecciones declaró su apertura el 18 de enero de 1918. Se proclamó que Rusia sería una república democrática y federal, pero los comunistas no querían un estado liberal. El Consejo de Comisarios del Pueblo, apoyado por tropas rojas, ordenó la disolución de la asamblea un día después de su apertura. Todo el poder quedaba en manos de los soviets y del partido bolchevique, había nacido la Unión Soviética.

---

Nota del autor: Las fechas indicadas en este capítulo están expresadas en calendario gregoriano, que es el utilizado en la actualidad en toda Europa. Cuando se produjeron los acontecimientos se utilizaba en Rusia el calendario juliano, que llevaba 13 días de retraso con respecto al gregoriano.

# La ruptura de los frentes secundarios

Cuando se produjo la parálisis de los frentes principales en el primer año de guerra los estados mayores trataron de imponerse mediante la actuación en otros escenarios de menor importancia. El objetivo era atacar al enemigo en lugares donde pudiera ser más débil, para obligarle a detraer recursos y debilitar su actuación en los grandes teatros de operaciones de Francia y Rusia. También se buscaba dificultar la línea de suministros para entorpecer la gestión económica del conflicto. Esta estrategia no había tenido éxito, sólo había conseguido extender el enfrentamiento y aumentar la necesidad de recursos, tanto humanos como económicos de ambos mandos. Pero en 1917 la situación iba a cambiar en esos escenarios secundarios. El abandono de la guerra por parte de Rusia hizo que los Imperios Centrales dispusieran de más tropas para dedicarlas al frente alpino. Por otra parte, el Imperio Otomano se desintegraba, tanto por los movimientos nacionalistas internos, sobre todo árabes, como por la necesidad de combatir en un amplio número de áreas sin tener recursos suficientes: Armenia, Persia, Palestina, Mesopotamia, Yemen, Tracia, Los Dardanelos y Rumanía.

La situación en el frente de los Alpes era complicada para ambos bandos antes del estallido de la revolución en Rusia. Los austro-húngaros se mantenían en la guerra gracias al apoyo alemán, combatían en tres frentes y no podían resistir más. Sus enemigos, los italianos, no estaban en una situación mejor. Si bien es cierto que el frente en el río Isonzo estaba inmovilizado cualquiera podía haber capitulado debido a su complicada situación. El cambio se iba a producir a partir de una ofensiva italiana veraniega sin éxito, comandada por el general Cardona. En otoño los austriacos empezaron a recibir una gran cantidad de refuerzos con tropas que habían sido trasladadas desde el frente ruso. La revolución ponía a disposición de los Imperios Centrales una ingente cantidad de combatientes. En octubre, tras reforzar sus posiciones, los imperiales se lanzaron contra los italianos. El incremento de tropas les facilitó la tarea y consiguieron hacer retroceder a unos italianos que deseaban acabar la guerra de una vez por todas. Las tropas italianas, cansadas, se retiraron y empezaron a rendirse en masa, 300.000 hombres depositaron las armas ante los austriacos, en la que fue conocida como *derrota de Caporetto*. En la retirada llegaron hasta el río Piave y todo parecía indicar que la guerra había acabado para Italia. Pero el mando franco-británico tenía otros planes y querían evitar a toda costa la capitulación de su frágil aliado. Para evitar su caída enviaron ocho divisiones de refuerzo al mando del general Foch. La llegada de sus aliados evitó el desastre y permitió que se reforzara, una vez más, la línea del frente. La *derrota de Caporetto* sólo había conseguido retrasar la línea de combate. Pese a lo crítico de la situación y al deseo de la población por terminar la guerra, que se expresaba en revueltas generalizadas, Italia continuaba en la lucha.

Los bolcheviques también habían ayudado, sin pretenderlo, a los turcos. La revolución detuvo la presión sobre los otomanos en Armenia, que pasaron de estar al borde de la derrota a poder tomar la iniciativa en el Cáucaso, donde atacaron a un ejército que se había ya desintegrado. Pero

el principal problema de los turcos no era el frente con Rusia sino su crisis interna. Aunque habían dominado el mundo musulmán desde el final de la Edad Media su posición no era vista por los pueblos árabes como un liderazgo religioso, sino como un dominio imperialista. Los árabes estaban hartos y deseaba liberarse de su yugo. El nacionalismo árabe era la principal fuerza disgregadora y continuaba otro proceso que se había iniciado mucho antes de la guerra. El dominio de la *Sublime Puerta* se había desintegrado en Europa. El reparto de sus fragmentos propició la aparición de estados como Bulgaria, Grecia o Serbia. Los árabes eran una quinta columna dentro del Imperio otomano. Los británicos conocían esa debilidad y estaban dispuestos a utilizarla al máximo; para ello favorecieron cualquier movimiento secesionista con el objetivo de entorpecer la situación de su enemigo oriental y, de esa forma, facilitar la labor de sus tropas en el Próximo Oriente, que habían mejorado su actuación en Mesopotamia: remontaron el Tigris y tomaron Bagdad en febrero. Pero en Palestina se habían atascado. Tras intentar tomar Gaza fueron vencidos por los turcos y el mando de la zona cambió. La dirección de las acciones quedaría a cargo del general Allenby.

Las tribus árabes iban a sublevarse con apoyo británico y ese levantamiento sería definitivo. Para conseguir el alzamiento el mando inglés envió agentes secretos a la zona con el objetivo de forzar la situación. El plan era desencadenar una rebelión generalizada bajo la promesa de creación de un estado árabe al final de la guerra. Uno de los hombres encargados de esa misión era Thomas Edward Lawrence, conocido como Lawrence de Arabia. Hussein, un jefe tribal, se había revelado y con sus hombres había conquistado la Meca. Intentó realizar la misma acción en Medina pero no tuvo éxito. Cuando llegó a Arabia Lawrence contactó con el hijo de Hussein, Feisal, con el que estableció una gran amistad. Lawrence se unió a los árabes y favoreció un cambio de estrategia. En lugar de obcecarse en tomar Medina se dedicaron al hostigamiento de las líneas de suministro turcas, realizaron acciones de sabotaje sobre las líneas ferroviarias que se dirigían a Damasco. Después, tras atravesar el desierto, se lanzaron a la conquista de Áqaba, en el Mar Rojo. Lo lograron y tras ello se unieron a las tropas de Allenby en Palestina. Juntos consiguieron tomar Jerusalén y, más tarde, Damasco. Los otomanos estaban heridos de muerte y su derrota era ya inevitable.

Lawrence alcanzó una gran popularidad y se convirtió en un paladín de la causa árabe. Defendía la creación de un gran estado árabe en todo Próximo Oriente y estaba en contra de la fragmentación en áreas de influencia que se realizó al final de la guerra. El objetivo de un estado fue apoyado por los británicos durante la guerra como una forma de debilitar a los turcos. Pero en la misma línea se habían apoyado otras iniciativas que eran contradictorias, entre ellas estaba la conocida como Declaración Balfour, firmada en 1917, por la que se prometía a los judíos la creación de un estado en Palestina. Las bases de un nuevo conflicto se estaban generando. Cuando acabó la guerra los británicos y franceses estaban más interesados en el reparto de los restos de las antiguas posesiones de Estambul que en el cumplimiento de sus promesas. La decepción en el mundo árabe no tardaría en aparecer y, sin duda, es uno de los elementos que hay que tener en

cuenta para entender la desconfianza que desde entonces ha rodeado las relaciones entre Europa y los países árabes.

# Los americanos

A principios del siglo XX Estados Unidos no era, todavía, la gran potencia que es hoy, aunque estaba en camino para convertirse en dominador mundial debido sobre todo a su enorme capacidad industrial y a las oportunidades de negocio que supuso la primera guerra mundial. La entrada de los norteamericanos en el conflicto podía romper el equilibrio que había sido la clave hasta el momento en el campo de batalla. Por supuesto, los Imperios Centrales, y en especial Alemania, temían su entrada en la guerra y dirigieron su política exterior para evitar que eso sucediese. Hasta 1917 a Alemania le iba a ayudar la actitud de la sociedad norteamericana a favor de la no intervención. El pueblo estadounidense consideraba la guerra como un asunto europeo y no estaba dispuesto a enviar a sus jóvenes a una aventura incierta que tendría un gran coste en vidas, tal y como leían a diario en la prensa. La política de aislamiento y no intervención estaba liderada por el presidente Wilson, que en este aspecto representaba el sentir mayoritario de su sociedad. Nada más comenzar la guerra, en agosto de 1914, Estados Unidos proclamó de forma oficial su neutralidad.

La catástrofe que se vivía en Europa iba a facilitar el progreso de la economía americana. La clase empresarial apreció de forma inmediata que la guerra era un gran negocio. La industria estadounidense iba a poner en marcha su capacidad para producir todo tipo de bienes que serían exportados a los contendientes. Si bien la neutralidad les permitía vender a los dos bandos la realidad fue otra. Debido al bloqueo naval al que la Royal Navy británica sometía a los Imperios Centrales los principales clientes de los norteamericanos fueron, sobre todo, británicos y franceses, ya que los suministros tenían que transportarse por vía marítima y el acceso a los puertos alemanes estaba imposibilitado por la acción de los buques ingleses. El presidente Wilson autorizó las ventas a crédito y la mayoría de las operaciones se realizaron mediante este sistema. Todo esto motivó que los empresarios empezaran, poco a poco, a desear una victoria de la Entente, ya que era la forma más segura de cobrar las deudas pendientes. Por lo tanto, de forma gradual, la élite económica se alineaba con los aliados occidentales y se favoreció un cambio de opinión de la sociedad en ese sentido.

El enorme esfuerzo que suponía la lucha en las trincheras generaba una gran necesidad de suministros que, fabricados al otro lado del Atlántico, debían ser enviados hacia Francia y el Reino Unido. La vía marítima de transporte iba a suponer una fricción con los alemanes, que a la postre, supondría el abandono de la neutralidad por parte de los americanos. Ya hemos visto cómo la táctica naval alemana pasaba por atacar la línea de suministros de sus enemigos mediante la acción submarina. Ahora bien, cuando los envíos empezaron a ser masivos en buques de bandera norteamericana los alemanes tenían un dilema para decidir cómo actuar. Si respetaban a los buques estadounidenses permitían que sus enemigos fueran abastecidos de forma masiva por una industria potente. Si por el contrario atacaba dichos envíos podían forzar una entrada en la guerra de Estados Unidos, algo que se deseaba evitar a toda costa. Por lo tanto, la acción naval germana

trató de mantener un equilibrio imposible: detener los suministros sin llegar a una guerra naval total. Pero el ataque a barcos americanos también iba a influir en su sociedad y provocó un giro a favor de la acción armada. Hechos como los hundimientos de los trasatlánticos Lusitania y Sussex, ambos con pabellón americano, hizo que el gobierno de Wilson lanzara un ultimátum al Káiser en 1916 en el que se exigía el fin del hostigamiento a los navíos estadounidenses. Alemania detuvo sus acciones contra los intereses americanos y el tráfico naval aumentó de forma considerable. Pero sobre todo serían las consecuencias de la batalla de Jutlandia, que en la práctica habían supuesto que la única opción naval alemana fuera la acción de sumergibles, lo que forzó al gobierno del Káiser a la guerra submarina total como única vía de detener los continuos envíos de material. Eso hizo que el gobierno de Wilson rompiera las relaciones diplomáticas el tres de febrero de 1917.

Todo apuntaba a la entrada inminente de Estados Unidos en la guerra. Sólo hacía falta un detonante, que fue el conocido como telegrama Zimmermann. Se trató de un cable interceptado en el que el gobierno alemán trataba de favorecer la entrada de Méjico en la guerra del lado de los Imperios Centrales. A los mejicanos se les prometía Texas, Arizona y Nuevo Méjico si se situaban del lado alemán y declaraban la guerra a los Estados Unidos. A lo largo de los años se ha especulado mucho sobre la autenticidad del dicho comunicado y muchos lo han visto como una táctica británica para favorecer la aceptación por parte de la opinión pública norteamericana de una guerra inminente. En cualquier caso, auténtico o no, el telegrama Zimmermann, más el hundimiento de un barco mercante americano en 1917 en el que pereció toda la tripulación, fueron los dos detonantes que forzaron a los americanos para declarar la guerra a Alemania el 6 de abril de 1917.

La declaración de guerra tuvo un efecto inmediato en Europa. Los americanos aportarían un ejército poderoso y una tremenda capacidad industrial. Sin duda todo iba a cambiar de forma sustancial. A pesar del abandono de la guerra por parte de los rusos la llegada de los americanos otorgaba a los franco-británicos una oportunidad de vencer. La moral subió de forma inmediata en las trincheras de Francia. Todos esperaban al amigo americano para acabar de una vez por todas con los teutones. Los alemanes habían mejorado su situación tras la revolución en Rusia y el cese de hostilidades en el frente oriental, pero la llegada de los americanos cambiaba todo y la perspectiva era ya incierta para Alemania.

El ejército americano no estaba preparado para combatir en abril de 1917 y su participación en el campo de batalla iba a tardar casi un año, tiempo que fue necesario para modernizar sus fuerzas y para trasladarlas al teatro europeo de operaciones. Mientras tanto, los alemanes se lanzaron a una guerra submarina absoluta para tratar de impedir la llegada de las tropas y de su equipamiento desde la otra orilla del Atlántico. Se atacó a cualquier buque que se dirigiera a Gran Bretaña. Una flota de 150 submarinos se lanzó al combate en el Atlántico. En el momento de máxima actividad uno de cada cuatro barcos acabó en el fondo del océano. Se organizaron convoyes de transporte para proteger mejor a los mercantes; que fueron escoltados por buques de guerra, sobre todo destructores. También se instalaron redes antisubmarino, pero, sobre todo, se puso en funcionamiento un avance que cambió la guerra contra los sumergibles: el sonar, que permitía

detectarlos bajo el agua. A pesar de todos los esfuerzos los americanos estaban en camino y con ellos la derrota de los Imperios Centrales.

# Quinta parte

## El colapso

# La revolución en Alemania

Con la llegada de las tropas norteamericanas a las trincheras francesas las opciones del Reich para imponerse se iban a reducir de forma sustancial. La revolución en Rusia pondría a disposición del mando alemán un millón de hombres, que podían ser utilizados para reforzar sus posiciones en el frente occidental. Pero el final de la guerra para Alemania no sería un fin militar; no se decidiría en el campo de batalla, al menos de forma exclusiva. Como había sucedido antes con Rusia, Alemania abandonaría la guerra porque su sociedad había llegado al límite, a un punto de no retorno que produjo un colapso interno y como consecuencia se forzó al gobierno a aceptar la paz a cualquier precio. Aunque la crisis económica generada por la guerra afectaba a los dos bandos eran los Imperios Centrales los que la sufrían con mayor rigor. El desabastecimiento y el racionamiento de alimentos había acabado con la capacidad de resistencia del pueblo alemán, que no veía ya la guerra como un esfuerzo colectivo; sino como un sacrificio innecesario impuesto por las élites apoyadas en un régimen autoritario. La escasez de los productos más básicos, su elevado precio y el enorme número de bajas hacía que la situación fuera insoportable. La Revolución rusa había supuesto, de hecho, que Alemania venciera a Rusia, pero el efecto que generó en la sociedad alemana no fue el de la alegría por la victoria sino el de exponer un espejo donde mirarse. En el industrializado mundo germano los sucesos que condujeron al estado bolchevique eran un ejemplo para que su clase proletaria se alzara contra una forma de vida insoportable. La revolución era un camino para acabar con la guerra y deshacerse de las clases gobernantes que les habían metido en esa locura, que les habían exigido el sacrificio de sus hijos en las trincheras y que sólo se mantenían en el poder gracias a la represión.

El estado alemán era heredero del rigor prusiano, autoritario y poco representativo. Consciente de la crisis interna que amenazaba su supervivencia Guillermo II realizó algunos gestos con la intención de suavizar la situación de su población. En abril de 1917, en el conocido como *Mensaje de Pascua*, el Káiser anunció una reforma del sistema electoral y se permitió la creación del Partido Socialdemócrata, que se oponía a continuar en la guerra. En julio los partidos socialdemócrata, centrista y progresista expusieron una declaración que pedía la paz. La dirección del estado quedó en manos de un nuevo canciller, Michaelis. La crisis interna iba a debilitar el poder civil y aumentar de forma considerable la influencia del ejército. Para intentar mejorar el suministro de alimentos se decretó en febrero de 1918 la conocida como *Paz del Pan* por la cual Alemania, Austria-Hungría y Turquía reconocían el estado de Ucrania y la autonomía de Galitzia a cambio del envío de importantes cantidades de trigo.

Todo lo anterior sólo pretendía ganar tiempo. El mando del Reich pensaba que podía imponerse en occidente gracias al millón de hombres que habían desplazado desde Rusia. Suponían que tenían una oportunidad antes de la entrada de los americanos en combate, que aunque parecía inminente se retrasaba. Antes de que eso sucediera Ludendorff lanzó una gran ofensiva en marzo de 1918, otra más, en Flandes y Lorena; que sería apoyada por otras acciones

de menor envergadura en el Somme, el Oise y la Champaña. Era la última apuesta. Con la retaguardia descomponiéndose y los americanos listos para combatir la acción que planificó Ludendorff era la definitiva. O vencía a los franco-británicos o Alemania sería derrotada. De nuevo se repitió el viejo escenario: progresos iniciales alemanes y resistencia de los defensores. A pesar de cercar Reims los germanos fueron rechazados. Al mando de los aliados estaba el general Foch, que se había convertido en el mando supremo de todas las fuerzas francesas y británicas, ahora con una dirección unificada. Foch, ante la retirada alemana, desencadenó la conocida como *Contraofensiva del Rescate*; por la que reconquistó parte del territorio perdido en los meses anteriores. Los alemanes se retiraron a la Línea Hindenburg.

En septiembre de 1918 Hindenburg y Ludendorff pidieron un armisticio inmediato, el mando militar quería acabar con el conflicto para evitar la desaparición del estado tal y como lo conocían. El 3 de octubre Maximiliano, príncipe de Baden, fue nombrado canciller del Reich. El nuevo gobierno presionado por el ejército solicitó el armisticio al presidente Wilson. Las notas norteamericanas de respuesta exigían el fin de la guerra submarina, la evacuación de los territorios ocupados y el envío de representantes democráticos para negociar. Un ataque aliado rompió la Línea Hindenburg en varios puntos, los alemanes se retiraron a una segunda línea en la que aguantaron apenas dos semanas. Mientras, en Lorena, los americanos ya combatían al mando de Pershing, presionaban a los alemanes que tuvieron que retirarse hasta la frontera belga.

La situación en el frente se complicaba y en la retaguardia se empezaban a producir movimientos revolucionarios influenciados por los sucesos en Rusia y por la terrible situación económica. El 29 de octubre se reveló la escuadra en Wilhelmshaven y, en noviembre, los marineros y obreros de la base naval de Kiel. Se formaron consejos revolucionarios de obreros y soldados en Hamburgo, Múnich, Hannover y otras ciudades. El 7 de noviembre se proclamó la república en Baviera y estalló la revolución en Berlín.

El 9 de noviembre abdicó Guillermo II y huyó a Holanda, se produjo la proclamación de la República Alemana. Friedrich Eber, presidente del Partido Socialdemócrata, asumió la presidencia del gobierno. El 10 de noviembre se constituyó un nuevo gobierno denominado *Consejo de Comisarios del Pueblo*. Una parte de los socialdemócratas propugnaron la dictadura del proletariado. Más adelante se produjo una reacción contrarrevolucionaria liderada por el ejército que culminaría con el asesinato de varios líderes de la revuelta: Eisner, Liebknecht y Rosa Luxemburgo.

Alemania se había desecho, con sus tropas a la defensiva en las trincheras y con los movimientos revolucionarios internos sólo podía optar por el armisticio.

# El armisticio

Con el frente oriental inactivo tras la Revolución rusa más los problemas internos de Alemania el alto el fuego en todos los frentes era inminente. De forma previa al cese de hostilidades se habían producido diversos intentos de paz que marcaron el camino para las condiciones del armisticio final. Una de las diplomacias más activas para buscar una solución fue la norteamericana durante los años previos a su entrada en la guerra. De 1914 a 1916 el coronel House, por encargo del presidente Wilson, había emprendido conversaciones de paz en París, Londres y Berlín sin llegar a ningún acuerdo. Estas conversaciones mantenían un puente de comunicación entre los contendientes que utilizaba como intermediaria a la diplomacia estadounidense. Esa vía fue utilizada por los alemanes para hacer una oferta a británicos y franceses en diciembre 1916 tras haber derrotado a Rumanía y, sobre todo, tras los horrores de ese año. En su oferta se mostraban partidarios a participar en una conferencia internacional para llegar a un acuerdo. Tras recibir la oferta germana el presidente Wilson se puso en contacto con los aliados occidentales para solicitarles sus condiciones.

El 10 de enero de 1917 franceses y británicos expusieron sus exigencias: Alemania debía devolver Alsacia y Lorena a Francia; se tenía que restaurar la soberanía de Bélgica, Serbia y Montenegro; se exigía el respeto al principio de nacionalidad, con la consiguiente liberación de las minorías italiana, checa, eslovaca, rumana y eslava meridional sometidas a Austria-Hungría; los turcos tenían que abandonar el área europea y liberar a las minorías de ese territorio; por último, se pedía el reconocimiento de un régimen de autonomía para Polonia.

El 22 de enero Wilson proclamó el principio de paz sin victoria, por el que se pedía generosidad a los contendientes a la hora de exponer sus requerimientos. Ante la propuesta del Reino Unido y de Francia el 29 de enero los alemanes presentaron sus condiciones: se exigía la garantía de soberanía sobre el territorio alemán, se debían aceptar las correcciones fronterizas en Francia y Bélgica, Polonia tenía que mantenerse bajo soberanía alemana y se conservarían las colonias de ultramar. Franceses y británicos se reafirmaron en sus condiciones por lo que el acuerdo no fue posible y la lucha continuó en las trincheras.

En el frente ruso la actividad se detuvo desde el estallido de la revolución bolchevique y la posterior declaración de la *Paz del Pan* de febrero de 1918, por la que Alemania accedía a algunas concesiones a cambio del envío de suministros de cereales; pero no se llegó a ningún acuerdo definitivo por lo que la guerra continuaba, al menos de una forma teórica ya que habían cesado las acciones en la línea de combate. El acuerdo no se había logrado por la esperanza que tenían los revolucionarios, y en especial Trosky, en una revolución proletaria inmediata en toda Europa. Según los comunistas la revolución que se avecinaba iba a hacer que las fronteras fueran irrelevantes, ya que un poder proletario se alzaría para acabar con el orden burgués previo a la guerra. Los acontecimientos en Alemania reforzaban esa visión; pero debido a los problemas internos de Rusia, donde comenzaba una guerra civil, los bolcheviques tenían que solucionar

cuanto antes su enfrentamiento con Alemania. Querían olvidarse de ese problema para dedicar todas sus energías a la batalla interna por el poder en el gran Imperio ruso. Debido a ello cedieron a las pretensiones alemanas. En marzo se firmó la paz en Brest-Litovsk: Rusia renunciaba a Livonia, Curlandia, Lituania, Estonia y Polonia; se reconocía a Finlandia y Ucrania como estados independientes, y se comprometía al pago de indemnizaciones de guerra. Trosky, el enviado a Brest-Litovsk, consideraba que las cesiones eran temporales y, por lo tanto, se terminarían cuando la revolución finalizase.

La paz entre las potencias centrales y Rumanía se firmó el 7 de mayo en Bucarest. Rumanía había sido derrotada, como consecuencia cedía Dobrudja a Bulgaria y concedía la explotación de sus yacimientos petrolíferos a Alemania.

Bulgaria continuó luchando algún tiempo más; pero tras el éxito de una ofensiva aliada en Macedonia, añadida a una serie de motines de sus tropas, no tuvo más remedio que rendirse ante los aliados occidentales el 30 de septiembre.

Una vez conseguida la paz con los soviéticos y los rumanos, en condiciones favorables a los alemanes, el Reich se centró en lograr un acuerdo con los aliados occidentales. Austria-Hungría aceptó un armisticio propuesto por Alemania el 1 de octubre. Carlos II, que había sucedido al emperador Francisco-José tras su muerte en 1916, veía como se descomponía el histórico imperio de los Habsburgo y quería evitar su disolución; para ello propuso a los pueblos del Danubio una fórmula que permitía crear una federación, pero la disgregación había comenzado y Hungría se declaró independiente.

El 20 de octubre Wilson exigió el derecho a la libertad nacional de los pueblos del Imperio austro-húngaro, lo que en la práctica era una exigencia de descomposición. En Viena se produjo una revolución y los diputados de la Dieta se constituyeron en asamblea nacional austriaca el 21 de octubre. El 28 de se proclamó la independencia de Checoslovaquia y la de los pueblos yugoslavos el 29 del mismo mes. El armisticio entre Italia y Austria-Hungría se produjo el 3 de noviembre. A pesar de que su imperio había ya desaparecido Carlos II se negó a abdicar y tuvo que marchar al exilio, le correspondió el dudoso honor de ser el último emperador de los Habsburgo.

En Turquía, después de la ruptura del frente por los aliados en Jaffa en septiembre de 1918, el gobierno turco solicitó la paz ante la imposibilidad de continuar en la lucha; el armisticio se firmó el 30 octubre. El conocido como *Armisticio de Mudros* obligaba a Turquía a abandonar todo su imperio excepto la península de Anatolia, como había sucedido con Austria-Hungría suponía la desaparición del Imperio otomano.

El alto el fuego en todo el frente se decretó el 11 de noviembre de 1918 pero en este caso el armisticio tampoco significaba la paz definitiva sino un cese de las hostilidades hasta la firma de un tratado final. El armisticio del 11 de noviembre se acordó según los 14 puntos propuestos por el presidente Wilson: se proclamaría la abolición de la diplomacia secreta; habría libertad de navegación en todos los mares; se liberarían los intercambios económicos mundiales; se establecía el compromiso de una reducción importante de armamento; se daría satisfacción a las pretensiones coloniales de los aliados occidentales; se produciría la evacuación inmediata del área

rusa ocupada por las potencias centrales; se restauraría la soberanía de Bélgica; Alsacia y Lorena se entregarían a Francia; se modificarían las fronteras italianas para ajustarlas al principio de nacionalidades; se facilitaría el acceso a la independencia a los pueblos integrados en el Imperio austro-húngaro; Rumanía, Serbia y Montenegro serían evacuados por los Imperios Centrales; Turquía facilitaría la independencia a los pueblos no otomanos del imperio; se crearía un estado independiente en Polonia, y se fundaría la Sociedad de Naciones cuya misión sería garantizar la paz futura.

El combate se había detenido en todos los frentes. La derrota de los Imperios Centrales era ya total. Pero el alto el fuego debía consolidarse en unos tratados que establecieran las condiciones por las que las armas se callaran de forma definitiva.

# Los tratados

Con las armas ya silenciadas y la carnicería detenida era imprescindible establecer las condiciones por las que se regiría el orden internacional de la posguerra. La guerra había terminado y las diplomacias se pusieron a trabajar para concretar, en forma de tratados, cómo quedaría el mundo y sobre todo Europa. Por supuesto las posibilidades de negociación estaban limitadas para aquellos que habían sido derrotados. Por lo tanto, las conversaciones no iban a ser equilibradas y tendrían lugar mediante dos tendencias: por un lado los vencedores tratarían de obtener el mayor beneficio posible; por otra parte, los vencidos, intentarían que las condiciones finales no fueran demasiado onerosas. Estaba claro que alemanes, austriacos o turcos iban a tener difícil el proceso negociador.

En 1919 se convocó una conferencia internacional en la ciudad francesa de Versalles con el objetivo de definir las condiciones para un tratado definitivo. A la ciudad acudieron 70 delegados de las 27 naciones vencedoras. La conferencia fue presidida por el francés Clemenceau. Ya se podía ver el camino que iban a tomar las negociaciones puesto que no asistieron representantes de las naciones vencidas. En la práctica Versalles iba a suponer un medio por el que se iban a definir qué se impondrían a los derrotados. Se creó un Consejo Supremo del que formaban parte 10 delegados, dos por cada una de las grandes naciones vencedoras, que llevarían la dirección de las conversaciones: Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Italia y Japón. Si bien el punto inicial de los trabajos fueron los 14 puntos del presidente Wilson la realidad es que fueron ignorados desde un principio; mediante negociaciones secretas entre los vencedores se buscó un reparto de influencias de las áreas mundiales a costa de los países derrotados, en resumen, un reparto del botín.

El día 7 de mayo se entregó a la delegación alemana un documento con las condiciones que habían establecido los delegados del Consejo Supremo. El ministro alemán de asuntos exteriores, el conde Brockdorff-Rantzau, intentó que los vencedores fueran más benevolentes en sus exigencias y se resistió a aceptar lo propuesto. Como Alemania no aceptaba los aliados exigieron la firma inmediata de un tratado que se había redactado sin tener la más mínima consideración con los derrotados. El parlamento alemán temía que si no aceptaban se produciría una invasión inmediata de su territorio y se autorizó al ministro a firmar el documento, éste consideró humillante lo propuesto, se negó a rubricarlo y dimitió. El 28 de junio una nueva delegación alemana formada por Hermann Müller y Johannes Bell firmó el tratado en el palacio de Versalles por el cual Alemania aceptaba todas las condiciones impuestas.

El orden internacional quedaría garantizado gracias a la creación de la Sociedad de Naciones, un organismo internacional destinado al mantenimiento de la paz.

El reparto territorial acordado era oneroso para los vencidos. Las colonias alemanas y los territorios no otomanos del Imperio turco serían administrados por los estados vencedores. Alemania cedería los territorios de Alsacia-Lorena, Posnania, Prusia Occidental, Hlucin y Memel. Dánzig se convertiría en ciudad libre. La Sociedad de Naciones asumiría la administración del

Sarre durante 15 años y se cedía la explotación de sus minas de carbón a Francia. En otras áreas de Alemania se convocaron referendos para determinar su adscripción; esto suponía, de facto, la fragmentación del territorio del Reich. Alemania renunciaba a sus colonias en beneficio de los vencedores. Se reconocían las modificaciones fronterizas realizadas por los aliados occidentales en los territorios de Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía.

Se creaban comisiones aliadas para controlar un desarme impuesto; por el que Alemania debía entregar una gran parte del material de guerra, reducir su ejército a cien mil hombres, suprimir su estado mayor y demoler las fortificaciones situadas a 50 kilómetros al este del Rin.

Las disposiciones sobre crímenes de guerra exponían que los criminales serían entregados a los aliados y el Káiser Guillermo II sería juzgado por un tribunal internacional.

Las reparaciones de guerra serían asumidas por las naciones responsables del inicio de la contienda. Los gobiernos aliados y sus asociados declaraban, y Alemania lo reconocía, que tanto ella como sus aliados eran responsables de los daños sufridos por los estados aliados y sus asociados como consecuencia de la guerra que les fue impuesta. Una comisión especial determinaría el importe de las indemnizaciones, que incluían: entrega de todos los buques mercantes de más de 1600 toneladas y de la mitad de los comprendidos entre las 1000 y las 1600, y de la cuarta parte de la flota pesquera; cesión de ganado, carbón, locomotoras, vagones y cables submarinos; la cantidad de deuda se determinó en la Conferencia de Boulogne el 21 de junio de 1920 y consistía en 269 mil millones de marcos-oro a pagar en 42 anualidades.

Como garantía de cumplimiento del tratado la orilla derecha del Rin se dividía en tres zonas de ocupación militar por parte de los vencedores que serían evacuadas en períodos de 5, 10 y 15 años.

El tratado entraba en vigor el 10 de enero de 1920.

El tratado de paz con Austria se firmó el 10 de septiembre de 1919 en Saint Germain-en Laye. Se cedía a Italia una parte importante de su territorio: Tirol del sur, parte de Dalmacia, Carintia y Carniola. Se reconocía la independencia de Hungría, Checoslovaquia Polonia y Yugoslavia. Su ejército se limitaba a 30.000 hombres.

La paz con Bulgaria se firmó el 27 de noviembre en Neully. Se entregaba a Grecia parte de los territorios tracios de la costa mediterránea. Su ejército se limitaba a 20.000 hombres.

Con Hungría se firmó el 4 de junio de 1920 un tratado separado del acordado con Austria. De esta forma se establecía de forma definitiva la división del imperio. Hungría, como antiguo miembro de la monarquía danubiana, era considerada responsable de la guerra y cedía Eslovaquia a Checoslovaquia, Croacia y Eslovenia a Yugoslavia y Transilvania a Rumanía. Su ejército se limitaba 35.000 hombres.

Por último, el 10 de agosto de 1920, se firmó el tratado con Turquía en Sèvres. Los estrechos de los Dardanelos y el Bósforo quedaban bajo administración internacional. Tracia oriental y la mayoría de las islas del Egeo pasaban a Grecia. Siria y Cilicia se concedían a Francia. Irak y Palestina se entregaban a los británicos, que obtenían también el protectorado de Arabia. El Dodecaneso y Rodas serían de soberanía italiana. Armenia lograba la independencia. Chipre y Egipto pasaban a Inglaterra. El Kurdistán obtenía la autonomía. El ejército turco se limitaba a

50.000 hombres.

Debido a la desintegración de Rusia el nuevo estado bolchevique no participó en las negociaciones. Por lo tanto no se tuvo en cuenta sus intereses y se crearon nuevos estados en el área del antiguo imperio zarista: Polonia, Lituania, Estonia, Letonia y Finlandia.

Como se ve, los distintos tratados imponían los intereses de los vencedores sin tener en la más mínima consideración a las naciones derrotadas, ya que consideraban a los perdedores como únicos responsables de lo sucedido y cargaban sobre ellos los enormes costes de la guerra. Las condiciones eran inaceptables y no era difícil prever que originarían nuevos conflictos.

# La tregua

Con la firma de los diferentes tratados se sancionaba cuál iba a ser el orden internacional tras la guerra. La llegada de la paz no supuso la solución de los problemas previos al conflicto, más bien al contrario. Las antiguas disputas permanecieron latentes y se generaron nuevas diferencias que, a la larga, iban a ser fatales. El nuevo orden, vigilado por las potencias vencedoras y de forma teórica por la Sociedad de Naciones, fue el caldo de cultivo para la tragedia que se desencadenaría veinte años después. La paz se asentaba sólo en el dominio de los vencedores y en la humillación de los derrotados, un camino injusto que no pensaba en una solución de los problemas a largo plazo; sino en la obtención de beneficios inmediatos para aquellos que habían vencido, que consideraban justo recibir compensaciones a cambio del gran sacrificio efectuado.

El organismo encargado de vigilar la paz y garantizar su mantenimiento, la Sociedad de Naciones, fue inútil desde el principio. Se mostró incapaz de cumplir su mandato y, sobre todo, no era más que una correa de transmisión de los intereses de los vencedores. Sin medios, manipulada y ninguneada por la mayoría de los estados se convirtió en una institución que sólo existía sobre el papel y que apenas tenía capacidad para actuar en aquello que era de su competencia.

Los tratados eran difíciles de cumplir, sobre todo en el aspecto económico; que exigía la entrega de enormes cantidades de dinero en modo de indemnización de guerra. Los derrotados empezaron pronto a requerir la revisión de lo acordado mientras que los vencedores, sobre todo Francia, trataban de mantener el nuevo orden surgido en Versalles mediante alianzas que impidieran la denuncia de los tratados, todo esto dentro de una situación económica muy precaria. La recuperación tardaba en llegar y en ese contexto de crisis se hacía más difícil cumplir con las obligaciones impuestas. El pago de indemnizaciones condenaba a la población de los países derrotados a la miseria y la desesperanza. Por otra parte, las medidas para el desarme se mostraron imposibles de implantar ante la defensa de su propia soberanía por parte de varios estados y nadie estaba dispuesto a imponerlas por la vía de las armas. Pero, sobre todo, era Alemania la que consideraba que el tratado de Versalles era injusto y aspiraba a su revisión para que las condiciones fueran menos duras. Francia era el estado con una posición más intransigente, que exigía a toda costa el pago de las indemnizaciones como una forma de imponerse de forma definitiva sobre Alemania.

La desaparición de los dos grandes imperios que habían sido protagonistas durante siglos de la historia europea, el austro-húngaro y el otomano, iba a favorecer el surgimiento de la conciencia nacional en muchas de las minorías que habitaban en su antiguo territorio. El nacionalismo se convertiría en un nuevo foco de problemas; ya que las minorías buscaban la creación de un estado propio que incluyera todo el territorio habitado por los suyos, muchas veces a costa de otros grupos. El problema balcánico, que había sido una de las causas desencadenantes del conflicto, no se solucionó con la creación del nuevo estado de Yugoslavia; dentro del cual estaban latentes grandes diferencias entre varios pueblos eslavos que buscaban tener una posición de superioridad

sobre sus vecinos, un problema que desencadenaría las guerras de finales del siglo xx.

El acontecimiento inesperado para todos que fue la revolución en Rusia dejó desorientados a todos los gobiernos. El estado bolchevique no se parecía a nada de lo que existía con anterioridad y representaba una amenaza para el orden del capitalismo. Se ofrecía una visión liberadora a la clase trabajadora que había soportado el peso de la guerra. Por lo tanto se consideró que la Unión Soviética era un enemigo mientras que diferentes partidos comunistas apoyados por el Komintern empezaban a tomar fuerza en el interior de muchos de los estados. Apareció una gran conciencia de clase obrera y un auge del sindicalismo. La agitación se hizo frecuente, aunque en algunos casos el miedo a una nueva revolución y las huelgas protagonizadas por los obreros industriales favoreció la mejora de sus condiciones de vida.

El equilibrio de poder entre estados cambió de forma definitiva. El papel de dominio que hasta 1914 estaba en manos de británicos cayó en los Estados Unidos y en la nueva Unión Soviética comunista, que serían los nuevos protagonistas del escenario internacional; aunque los Estados Unidos iban a mantener su política de aislacionismo y trataron de no involucrarse en los problemas europeos. La nueva Rusia comunista comenzaría su expansión a costa de los nuevos estados que surgieron el Versalles en el área del Báltico.

Oriente Medio fue repartido entre Francia y Gran Bretaña, que se asignaron diversas áreas de influencia. La promesa de un estado árabe fue rota y como consecuencia empezó a crecer un sentimiento de rechazo a sus nuevos amos en las zonas árabes del Imperio otomano. El panarabismo se consolidó como un movimiento nacionalista árabe, que cristalizaría de forma definitiva tras la siguiente guerra.

En todo este entorno la democracia liberal iba a verse seriamente dañada. Muchos la consideraban incapaz de solucionar los problemas y de esta forma aparecerían movimientos populistas o autoritarios, casi siempre nacionalistas, que buscaban crear un orden nuevo y destruir el antiguo. El nazismo y el fascismo son los ejemplos más claros y, en muchos aspectos, eran coincidentes con el nuevo comunismo ruso. Los sufrimientos de la guerra, las humillantes condiciones del tratado de Versalles, la penosa situación económica y el sentimiento de humillación generó un monstruo que veinte años después del armisticio iba a regar de sangre una vez más los campos de Europa.

# Cronología

## 1914

*28 junio.* El archiduque Francisco Fernando es asesinado en Sarajevo por Gavrilo Princip.

*6 de julio.* Alemania proclama su apoyo incondicional a Austria-Hungría.

*23 de julio.* Ultimátum de Austria-Hungría a Serbia.

*25 de julio.* Serbia contesta al ultimátum alegando la violación de su soberanía, firma de un acuerdo defensivo ruso-serbio.

*28 de julio.* Austria-Hungría declara la guerra a Serbia. Ultimátum de Alemania a Rusia para que desmovilice sus tropas, también ultimátum a Francia para que se mantenga neutral.

*1 de agosto.* Alemania declara la guerra a Rusia.

*3 de agosto.* Alemania invade Bélgica y declara la guerra a Francia.

*4 de agosto.* Inglaterra exige que se respete la neutralidad de Bélgica, en caso contrario defenderían al estado belga.

*6 de agosto.* Declaraciones de guerra: Serbia a Alemania y Austria-Hungría a Rusia.

*11 y 12 de agosto.* Francia e Inglaterra declaran la guerra a Austria.

*18 de agosto.* Ofensiva alemana en Lorena, victoria alemana y retirada francesa.

*20 de agosto.* Batalla de Gumbinnen, derrota alemana.

*26-30 de agosto.* Batalla de Tannenberg, derrota rusa.

*2 de septiembre.* El ejército alemán, tras las victorias previas, se encuentra próximo a París, el gobierno francés abandona la ciudad.

*6-9 de septiembre.* Batalla del Marne, las tropas alemanas se retiran hasta el Aisne.

*6-15 de septiembre.* Batalla de los lagos Masurianos, nueva derrota rusa.

*22 de septiembre.* El submarino alemán U-9 hunde tres buques británicos en el mar del Norte.

*26 de septiembre.* Se inicia el bombardeo alemán sobre Amberes.

*Octubre-noviembre.* Comienza el avance hacia el mar de los dos ejércitos.

*2-5 de noviembre.* Los aliados occidentales declaran la guerra al Imperio otomano.

*8 de diciembre.* Batalla naval en las islas Malvinas, derrota alemana.

## 1915

*24 de enero.* Batalla naval de Dogger-Bank, nueva derrota alemana.

*Enero-abril.* Ofensiva rusa de invierno en los Cárpatos.

*Febrero-marzo.* Ofensiva de invierno en la Champaña, fracaso francés en el intento de romper el frente alemán.

*25 de abril.* Desembarco aliado en Gallipoli.

*Abril-mayo.* Batalla de Ypres.

*7 de mayo.* Hundimiento del crucero norteamericano de pasajeros *Lusitania* por parte de un submarino alemán.

*Junio.* Inicio de la ofensiva italiana en el río Isonzo.

*Septiembre.* Batalla de Tarnopol, el Zar asume el mando del ejército ruso.

*Octubre.* Conquista de Belgrado por tropas austriacas.

## **1916**

*9 de enero.* Evacuación aliada de Gallipoli.

*Febrero-julio.* Batalla de Verdún.

*Abril.* Los británicos capitulan ante los turcos en Kut-El-Amarah (Mesopotamia).

*Mayo.* Contraofensiva austriaca en el río Isonzo.

*31 de mayo-1 de junio.* Batalla de Jutlandia en el mar del Norte.

*Junio-agosto.* Ofensiva Brusilov en el frente ruso.

*Junio-noviembre.* Batalla del Somme, en agosto Hindenburg y Ludendorff asumen el mando alemán.

*21 de noviembre.* Muerte del emperador Francisco-José, le sucede su sobrino Carlos.

*Diciembre.* Conquista de Bucarest por tropas de los Imperios Centrales.

*21 de diciembre.* Nota del presidente Wilson para que los contendientes expongan sus condiciones para un armisticio.

*26 de diciembre.* El gobierno alemán se declara dispuesto a participar en una conferencia de paz.

## **1917**

*2 de enero.* Alemania declara la guerra submarina total.

*10 de enero.* Los aliados exponen sus condiciones de paz.

*22 de enero.* Wilson proclama el principio *paz sin victoria*.

*29 de enero.* Entrega de las condiciones de paz alemanas.

*Febrero-marzo.* Retirada alemana a la línea Hindenburg.

*Marzo.* Los británicos conquistan Bagdad. Una huelga general se transforma en revolución en San Petersburgo.

*6 de abril.* Estados Unidos declara la guerra a los Imperios Centrales.

*7 de abril.* Mensaje de Pascua de Guillermo II.

*9 de abril.* Fundación en Alemania del partido socialdemócrata, que se opone a continuar en la guerra.

*16 de abril.* Lenin regresa a Rusia, se desencadena un golpe de estado bolchevique.

*17 de abril.* Lenin expone las *Tesis de abril*.

*Mayo.* Pétain sustituye a Nivelle al mando de las tropas francesas tras los motines en la línea del frente.

*Julio.* Ofensiva austro-alemana en el frente ruso.

*9 de agosto.* Kerenski es nombrado primer ministro en Rusia.

*24 de octubre.* Derrota de Caporetto en el frente italiano.

*6-7 noviembre.* Revolución de octubre en San Petersburgo.

## 1918

*8 de enero.* Proclamación de los *14 puntos* por el presidente Wilson.

*18 de enero.* Apertura de la asamblea constituyente rusa.

*19 de enero.* Disolución de la asamblea constituyente rusa a manos de los bolcheviques.

*9 de febrero.* Se declara la *Paz del Pan*.

*3 de marzo.* Paz de Brest-Litovsk entre Rusia y los Imperios Centrales.

*7 de mayo.* Paz de Bucarest por la que Rumanía se rinde a los Imperios Centrales.

*Septiembre.* Hindenburg y Ludendorff piden un armisticio.

*30 de septiembre.* Bulgaria se rinde.

*3-4 octubre.* El gobierno alemán pide el armisticio a Wilson.>

*30 de octubre.* Armisticio de Mudros por el que el Imperio otomano se rinde.

*3 de noviembre.* Armisticio entre Italia y Austria-Hungría

*7 de noviembre.* Estalla la revolución en Berlín.

*9 de noviembre.* Abdicación de Guillermo II.

*11 de noviembre.* Armisticio alemán.

## 1919

*28 de junio.* Firma del Tratado de Versalles.

*10 de septiembre.* Firma del tratado de paz con Austria en Saint Germain-en-Laye.

*27 de noviembre.* Firma del tratado de paz con Bulgaria en Neully.

## 1920

*4 de junio.* Firma del tratado de paz con Hungría.

*10 de agosto.* Firma del tratado de paz con Turquía en Sèvres.

# Bibliografía

- CASTELLÓ, Emilio; *La Primera Guerra Mundial*, Anaya.
- COMELLAS, José Luis; *Historia breve del mundo contemporáneo*, Ediciones Rialp.
- FEDÓRCHENCO, Sofía; *El pueblo en guerra, Testimonios de soldados en el frente de la Primera Guerra Mundial*, Hermida editores.
- GIL, Julio; CARDONA, Gabriel; ESPADAS, Manuel y MARTÍNEZ CARRERAS, José; *La Gran Guerra, años de sangre, ruinas y miseria*, Historia 16.
- GILBERT, Martin, *La Primera Guerra Mundial*, La esfera de los libros.
- NEIBERG, Michael S., *La Gran Guerra: una historia global*, Ediciones Paidós Ibérica.
- QUERO RODILES, Felipe, *Historia militar de la Primera Guerra Mundial, de la trinchera al carro de combate*, Sílex.
- RENOUVIN, Pierre, *La crisis europea y la Primera Guerra Mundial*, Ediciones Akal.
- STRACHAN, Hew; *La Primera Guerra Mundial*, Editorial Crítica.
- VILLANI, Pascuale; *La Edad Contemporánea 1800-1914*, Ariel.
- VILLANI, Pascuale; *La Edad Contemporánea 1914-1945*, Ariel.
- WILLMOTT, H.P.; *La Primera Guerra Mundial*, Inédita Editores.
- WOLFGANG, J. Mommsen; *La época del imperialismo, Europa 1185-1918*, Siglo XXI.